

EL POBRE JOHN

LAW SPACE

Colección ESPACIO

El pobre John

POR

Law Space



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

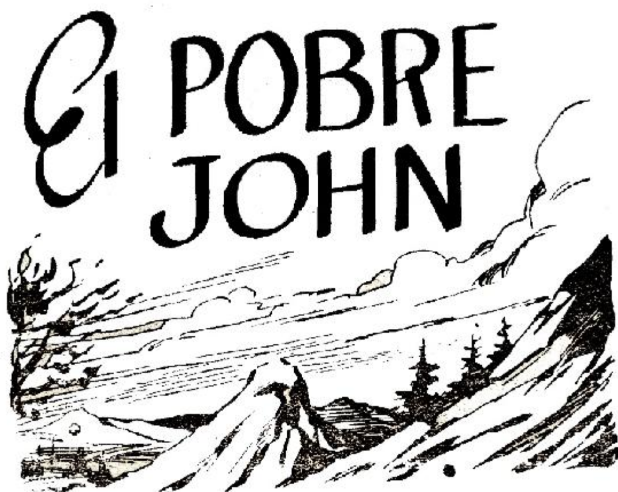
Depósito Legal: B. 15.571 - 1960

Núm. de Registro: 5.025 - 60

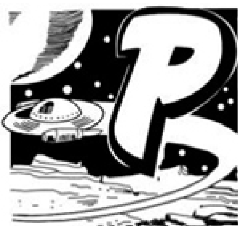
IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ed. Toray, S. A. - Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



ASANDO de una acera movible a otra, Bess terminó por tomar una rampa oblicua que le llevó, suavemente, a la plazuela, donde se dejó caer sobre la suave capa de hierba desde el borde de la rampa.

“The Little Square”.

Todo un mundo de recuerdos le subió a su mente como si el lugar fuese capaz de retroceder, por entero en el tiempo, dos semanas atrás, en un fabuloso canguro que la caprichosa cámara proyectase al revés.

“La Plazuela”.

Allí le había conocido, una tarde, cuando ella salía de compras y se había detenido, entre curiosa y divertida, para ver desembocar de la fabulosa colmena del “Palker” a los dos mil hombres que trabajaban allí.

El noventa y nueve por ciento, exactamente, de los que salieron, hombres o mujeres, jóvenes o viejos, no se habían detenido allí más que los cortísimos instantes necesarios para esperar el turno de saltar sobre una de las rampas, que les conduciría a los espacios abiertos en el muro, lugar donde habían dejado sus coches aéreos.

El 99 por ciento.

Es decir, que uno, uno solo: un joven de unos veinticinco años, alto, delgado, fue el único que se quedó allí, mirando a los demás, hasta que completamente solo tomó la rampa transversal, la que conducía hacia la parte alta de la calle, a una altura de doce pisos, junto a la parada del helibús.

¿No era natural que Bess se interesase por aquella “ave raris”?

Aquel día la muchacha no se atrevió a decir nada limitándose a seguir con la mirada al joven, mientras éste se dejaba llevar por la rampa ascendente.

Rumbo al helibús.

Pero al día siguiente, cuando la misma cosa ocurrió. Bess no pudo refrenar su curiosidad y, saltando de una rampa a otra, con la agilidad de su esplendorosa juventud, se acercó a él.

—¿Tiene usted averiado su “helicoche”, señor…?

Se la quedó mirando, como si su presencia le sacase de un profundo ensueño donde disfrutase, a mil leguas de allí, de un incomparable nirvana.

—¿Decía usted?

—Le estaba preguntando si su “helicoche” está averiado.

—No poseo ningún vehículo.

Ella abrió los ojos, redondos como platos. También abrió la boca.

Porque aquel asombro que se pintó en el rostro de la muchacha era lo único que podía esperarse de la sorprendente respuesta del joven.

—¿No trabaja usted en la “Palker”?

—Sí, señorita; desde hace cinco años.

—¿Entonces?

Ahora fue el rostro de él quien expresó una perplejidad no simulada.

Fijándose bien, Bess, buena observadora, se dio cuenta de que el joven poseía una fisonomía agradable, de contornos normales, pero con una virilidad claramente acusada. Los ojos eran negros, intensamente negros, la boca y el mentón firmes, la nariz recta, quizás un poco aguileña vista de perfil, la frente amplia y las orejas pequeñas y bastante pegadas al cráneo.

No, no era una fisonomía vulgar Y el resto parecía acorde con el rostro: anchos hombros, cuello corto y fuerte, manos alargadas, de dedos nervudos…

Ante el silencio embarazoso que había seguido a su pregunta, Bess no tuvo más remedio que romperlo.

Delicadamente.

—Perdone mi extrañeza —dijo—, pero es que trabajando en la más importante fábrica de “helicoches” del país…

Él no dijo nada, limitándose a mirarla con ojos muy abiertos.

—He visto que todos sus compañeros se dirigían hacia los alveolos de aparcamiento y por eso he supuesto que su vehículo estaba averiado, señor…

—Me llamo John —dijo, ¡por fin!, él—. John Bruker. Y no tengo ningún “helicoche”.

—¿Por qué?

Volvió a sorprenderse él.

—No sé. Nunca me he preocupado de pedir ninguno —dijo después de una larga pausa.

—Creí que todos los empleados de la “Palker” estaban obligados a adquirir uno; así, creo que lo leí en alguna parte.

—Es cierto. Pero yo me negué a comprarlo.

—¿Podría decirme el motivo?

John se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo después—. Me negué: eso es todo.

Temió Bess haber tropezado con un idiota, un débil mental o algo por el estilo. Pero cuanto más miraba aquel rostro, más convencida estaba que el joven no tenía nada de estúpido.

Se habían dejado llevar por la rampa ascendente que ya les dejaba, en aquel momento, en la plataforma de la parada del “helibús”. Desde allí, volviendo la cabeza, Bess vio, abajo, muy honda y pequeña ahora, la “Plazuela”, como una isla de insólito verde en medio del cemento de las torres que se levantaban por doquier, hasta el cielo.

—¿Va a coger el “helibús”? —inquirió, interesada por conocer más profundamente a aquel extraño individuo.

—Sí.

—¿Por qué no viene a mi “helicoche”? Lo tengo aparcado aquí cerca.

—Como usted quiera.

Una nueva rampa, ésta del tipo “puente”, les llevó al otro lado de la calle, un estrecho y hondo desfiladero bajo ellos.

“The Little Square”, había desaparecido.

Una vez en su coche, Bess le hizo ascender, pensando que lo mejor sería sobrevolar la ciudad, dirigiéndose hacia cualquier organización satélite donde podrían tomar un refresco y permitir, así, que el joven fuese un poco más explícito.

Durante todo el viaje, que duró cerca de media hora, John no

despegó los labios, limitándose a contemplar el paisaje que se deslizaba a sus pies. Una vez en una terraza de un establecimiento de los suburbios, donde la muchacha posó su “helicoche”, marcharon juntos hacia un establecimiento vecino, a una de cuyas mesas se sentaron.

Ella suspiró, después de haber pedido dos jugos de frutas.

—¡Qué bien se está aquí! ¿No es verdad, señor Bruker?

Él sonrió, por primera vez, mostrando una dentadura impecable y blanquísima.

—Sí, es verdad: esto es muy bonito.

—¿Vive usted en la ciudad?

—Sí.

—Yo tengo la suerte de haber logrado una casita en “New York-Satélite-Alfa”.

—¡Un sitio encantador!

—¿Lo conoce?

—No, pero he oído hablar mucho de él.

—La ciudad es horrenda —siguió diciendo después de una pausa —: es una colmena implacable.

—Tiene usted razón. Pero si lo desease, podría buscarle algo en mi barrio.

—No puedo.

—¿Por qué?

—He de estar cerca de mi trabajo.

—Hay muchos que trabajan donde usted y que viven, sin embargo, lejos.

—Yo no puedo.

Ella frunció el entrecejo.

—¿Tiene un puesto importante en la “Palker”?

John volvió a sonreír.

—¡Oh, no!

Bess preguntó:

—¿En qué trabaja usted?

—En las oficinas: archivos.

Ella estuvo a punto de lanzar una exclamación de estupor; pero, reteniéndose, con una luz colérica en los ojos, comentó:

—¿Quiere usted burlarse de mi?

—No.

—¿Es que desea hacerme creer que la “Palker” no posee un equipo de robots para los archivos?

—Yo trabajo con ellos.

Todo el gozo de aquella entrevista cayó, de golpe, para la

muchacha. Porque lo que él acababa de confesar explicaba fácilmente el resto: un hombre ha de ser un anormal, un estúpido, un cretino, para que le destinen al trabajo de archivos, donde un robot puede hacer las cosas elementales sin necesidad de percibir sueldo alguno.

¡Ahora se esclarecía el que no tuviese coche, el que, como ella había comprobado, ninguno de sus compañeros le invitase para llevarle a su casa, el que nadie le saludase a la salida del trabajo!

¡Era una lástima!

Porque parecía increíble que una persona con aquella expresión de inteligencia en el rostro pudiera ser un débil mental.

Bess no insistió más.

Hábilmente llevó la conversación por derroteros intrascendentes, acortando cuanto pudo aquella entrevista que carecía del menor interés para ella.

Luego, amablemente, le condujo a la ciudad, dejándole en la terraza de uno de aquellos horribles edificios-colmenas donde él vivía.

* * *

Pero no había podido olvidarlo.

La prueba estaba aquí, ahora, cuando se encontraba descendiendo la rampa, hacia “La Plazuela”, dos semanas después de aquel primer encuentro.

Estaba fascinada.

Vuelta a su vida, trabajaba en un laboratorio de Psicorrecuperación de la ciudad, dependiente del Consejo Mundial, había estudiado todo lo que se sabía sobre débiles mentales, sin encontrar nada que pudiera explicar el paradójico caso de John Bruker.

Incluso había repasado los archivos, las fichas de todos los que habían pasado por aquel servicio, comprobando muy pronto que el “caso” del joven de la “Plazuela” no encajaba en ninguno de aquéllos[1].

Ahora, con la mirada fija en el monumental edificio de la “Palker”, la muchacha intentaba explicarse lo que pasaba detrás de aquellos muros, prometiéndose investigarlo hasta el fondo, aunque le costase mucho tiempo y sacrificios.

¿Estaba enamorada de John?

Se hizo aquella pregunta muchas veces, contestándosela sin hipocresías, francamente, como solía hacerlo en tales situaciones íntimas.

No, no estaba enamorada, pero sí interesada, con algo que podía bien calificarse de conmiseración, sin llegar a ser lástima.

Convencida de que John era víctima de una medida absurda, de una venganza profesional de la más baja estofa, se encontraba dispuesta a poner las cosas en claro y obligar a la Administración a colocar a aquel joven en el puesto que merecía.

Cada vez que se lo imaginaba, en la zona de los robots, moviéndose con aquellas horribles máquinas, sin cambiar una sola palabra con un ser humano durante horas, aislado del resto de los empleados como un apestado, se estremecía.

Vio, de repente, que los primeros empleados salían, por lo que gustosamente hubiera llamado "vomitorios" a aquellas enormes puertas que el gentío ennegrecía entonces. Se dirigieron hacia las rampas, ruidosos, alegres de haber acabado una jornada más, dándose golpecitos los hombres en los hombros y apretándose el brazo las mujeres.

Hasta que salió él.

Lo hizo el último, destacando su alta y bien formada silueta sobre el fondo de la puerta, que el mecanismo electrónico que contaba las salidas cerraba ahora.

Le vio caminar tranquilo, con paso firme, sin mirar a ningún lado, como la primera vez, como si la abstracción lo tuviese prendido en un cepo del que no pudiera escapar.

Esperó que tomase la rampa ascendente, saliéndole entonces al encuentro.

—¡Eh, John! —le gritó.

El joven se detuvo, volviendo la cabeza hacia la muchacha.

Le sonrió.

—¡Qué agradable sorpresa, señorita Lukman! —saludó cuando ella estuvo a su lado.

—¡Hola! Y, hablando del tratamiento: ¿no quedamos en llamarnos por nuestros nombres?

—¿Le parece bien?

—¡Naturalmente!

Se dejaban llevar por la rampa, completamente vacía a aquellas horas. Ella, mirándole de reojo, hacía esfuerzos por encontrar las palabras que necesitaba decirle para convencerle de lo que se proponía hacer con él. Había reflexionado mucho y estaba segura de que una prueba, como la que intentaba hacer con él, podía ser definitiva.

—¿Qué tal el trabajo, John?

—Igual que siempre.

—¿No se aburre?
—No. Todo es acostumbrarse.
Bess se estremeció.
¡Acostumbrarse!
Ni el peor de los hombres, ni el menos dotado de toda la ciudad, hubiera aceptado un puesto entre los robots, laborando con aquellas horribles máquinas, considerado como una de ellas.
Fue al llegar a lo alto de la rampa, junto a la parada del helibús, cuando ella se decidió.
—Quería decirle algo, John...
—La escucho.
—Hasta ahora no he tenido ocasión de decirle que trabajaba en el Servicio de Psicorrecuperación.
—¿Qué es eso?
—Una especie de... laboratorio. Debo examinarme dentro de un par de semanas y desearía poder practicar con alguien... Verá usted, no nos dejan hacer más que dos ensayos por semana y no es suficiente.
—No la entiendo.
Ella luchaba contra la dificultad de llevarle por el camino que deseaba.
Pero, decidiéndose, le preguntó:
—¿Quiere prestarse a uno de esos experimentos, John? —dijo, con entera franqueza, sin más rodeos.
La miró con curiosidad sin dejar de sonreír.
—¿Qué deberé hacer, Bess?
—¡No hay peligro alguno! —se apresuró a decir ella—. Basta con que se tienda en un lecho. Le colocaré un casco en la cabeza, y cinco minutos después habremos acabado.
—Bien.
—¿Lo hará?
—Si ha de servirle para algo...
Le cogió del brazo, con una sonrisa radiante en el rostro.
—¡Es usted un ángel, John!
Él también le sonrió.
Momentos después estaban a bordo del "helicoche" de la joven. Y ésta, acelerando al máximo, tardó muy pocos minutos en posarse en la azotea del imponente edificio que ocupaba el Servicio.
Descendiendo en uno de los ascensores, llegó al departamento en el que trabajaba, dejando a John en una salita.
—Espere aquí, por favor. Tardaré muy poco. Sólo el tiempo necesario para preparar los aparatos.

—De acuerdo.

Fue la joven al despacho del jefe del Departamento, donde encontró al profesor Lorenz, a cuyas órdenes trabajaba y al que ya había hablado de su deseo.

—¡Está ahí, profesor!

El hombre, un cincuentón simpático, con ojos azules y cabellos blancos, levantó la cabeza de los papeles que estudiaba.

—¿Lo ha conseguido usted? —preguntó él, sonriendo.

—Sí. Está todo preparado.

—Bien. Colóquelo en el lecho. Voy enseguida...

Más tarde, el profesor penetró en uno de los laboratorios, acercándose al lecho donde yacía John, con un enorme casco que le cubría por completo la cabeza.

La muchacha le hizo un gesto inteligente y el profesor, haciéndose a un lado, moviéndose en silencio, de manera que John no le viese, se sentó junto a los aparatos de control, poniéndolos en marcha.

Un zumbido suave creció indistintamente, brotando de las entrañas del aparato que recibía las ondas eléctricas del cerebro del joven. Las agujas iban dibujando sobre los rollos milimetrados una extraña línea, una orografía atrevida y misteriosa.

Cinco minutos más tarde, el aparato se detenía automáticamente. Y el profesor, apoderándose de los rollos, abandonaba el laboratorio sin que John se hubiera dado cuenta de su presencia.

La joven quitó el casco al muchacho.

—¡Ya está! ¿Ha sido molesto?

—En absoluto.

—Descanse un poco. Voy a ver una cosa y regresaré inmediatamente. Luego, si le parece, iremos a merendar a alguna parte.

—Como quiera.

Salió del laboratorio corriendo hacia el despacho del profesor, al que sorprendió examinando los papeles que la máquina había dibujado.

No atreviéndose a romper el silencio que reinaba allí, esperó. No mucho, ya que Walter levantó los ojos, mirándola fijamente.

Ella no pudo contenerse.

—¿Qué se obtiene, profesor?

—Malas noticias, Bess.

—¿Eh?

—Lo que oyes. El coeficiente mental es bajísimo. Ese muchacho,

lamento decírtelo, es un imbécil, psicológicamente hablando, un débil mental.

Bess preguntó:

—¿Seguro?

—No hay duda alguna.

—Gracias, profesor.

—Lo siento, Bess; de veras.

CAPÍTULO II


RA un imbécil?

Mientras, pilotando su “helicoche”, Bess lo dirigía hacia un local de las afueras, donde pensaba merendar con el joven, no podía dejar de pensar en lo que el profesor Lorenz acababa de decirle.

¿Cómo era posible?

Sin embargo, el aparato del laboratorio no podía mentir, ya que los resultados obtenidos por él podían considerarse matemáticamente exactos.

Sin embargo...

Mirándole de reojo, Bess luchaba desesperadamente contra la idea de considerar a John como un débil mental. Su aspecto no sólo era el de un muchacho normal, sino, como lo había comprobado muchas veces, mirándole como ahora, poseía un corte de rostro que hubiera significado una gran inteligencia a no ser por...

¡El aparato no podía mentir!

Ahora se explicaba el puesto que los de la “Palker” le habían confiado y hacían inútiles todas las gestiones que había pensado hacer cerca de los dirigentes de la importante empresa, exigiendo que se sacase a John de su trabajo al lado de los robots.

Pero ahora...

El “helicoche” se posó en la terraza del local que había elegido y momentos después se hallaban sentados ante la mesa, con una espléndida merienda, elegantemente servida.

Comieron en silencio; pero, luego, al encender los cigarrillos, él cortó el silencio reinante:

—¿Le ha sido de utilidad lo que ha hecho conmigo, Bess?

—Sí, ¡muchísimo! Ha sido muy interesante.

—Me alegro.

—¿De dónde procede usted, John? —le preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Su familia, ¿dónde nació? ¿Cómo llegó a Nueva York?

—No lo sé. Hace tiempo que me vengo preguntando esas cosas, pero no puedo recordar, nada. Es decir, recuerdo algo, muy brumoso... una noche, en un campo, una tormenta espantosa,

muchos rayos, un olor a tierra quemada.

—¿Nada más?

—No, nada más.

Ella le miraba, con una intensidad creciente, dolorida en su interior por no poder hacer nada por él, sintiendo que allí, detrás de aquella hermosa y abierta frente, debía haber habido, normalmente, un cerebro poderoso en vez de la mente de un niño... de un infeliz bebé.

—¿No tiene amigos, John?

Ahora fue él quien clavó la mirada de sus ojos negros en los de la joven.

—¿Amigos? No, no tengo amigos. Sólo los robots son mis amigos —respondió él después de una pausa.

—¡No diga eso, por favor!

Él sonrió.

—¿Por qué no, Bess?

—¿Cómo puede considerar como amigos a esas horribles máquinas?

John entornó los ojos.

—De veras que no son malos, Bess. Paso, aunque no quiera creerlo, ratos muy buenos entre ellos. No son como los demás...

—¿Cómo quiénes, John?

—Como los hombres y las mujeres que trabajan en la "Palker". Ésos no me miran, ni me hablan, ni quieren decirme nada.

—Lo comprendo. Pero tampoco los robots dicen nada.

—¿Cree que no? ¡Yo hablo con ellos, les entiendo!

—¿Eh?

Una luz de pánico se pintó en los ojos de la muchacha.

No era extraño, sin embargo, y después de lo que el aparato había dicho, que la mente infantil de John tomase aquel camino de irrazonables ideas.

Pero era demasiado horroroso.

—¿Cómo es posible que diga eso, Joan?

Había una dulzura infinita en la mirada de él y ello era, precisamente, lo que más dolor causaba a la muchacha.

—Le digo la verdad, Bess. Debe creerme. Ellos me hablan y soy el amigo de todos.

Era imposible seguir por aquel derrotero y Bess, con los ojos arrasados de lágrimas, prefirió cortar la conversación, buscando refugio en el paisaje magnifico que se veía desde la terraza.

Pero John, súbitamente interesado y extrañado al ver las lágrimas de la muchacha, le preguntó:

—¿Por qué llora, Bess? ¿Tengo yo la culpa?

Ella hizo un esfuerzo por conseguir una pobre sonrisa que calmase a su interlocutor.

—No, no es eso, John… ¡soy una tonta y suelo llorar por muy poca cosa!

Nerviosa, pidió la cuenta, sabiendo que no saldría de él la iniciativa de pagar, aunque, por otro lado, era ella la que había invitado.

—¿Vamos? —dijo, poniéndose en pie.

—Sí.

Caminaron hacia el "helicoche", en silencio.

Luego, una vez se hubo remontado el vehículo, dijo ella, por decir algo:

—Le voy a dejar en casa, John.

—Es usted muy amable. ¿Podré verla alguna otra vez?

Bess, preguntó:

—¿Le agrada mi compañía?

—Sí, mucho. Usted es como ellos, aunque…

—¿Cómo soy, John?

—Como ellos, como los robots, aunque usted no puede ocultar su sufrimiento.

Las palabras del joven la hicieron, sin poder evitarlo, estremecerse.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ellos, mis amigos de la fábrica, saben esconder el dolor, de manera que los amos no se den cuenta… —dijo él, sin dejar de sonreír.

—¿No irá usted a decirme que esas máquinas son capaces de experimentar sensaciones, de sentir dolor y placer, verdad?

—Pues es así, Bess.

Le miró, ahora sin ocultar la pena que le producían las palabras absurdas de aquel muchacho.

Era inútil proseguir aquella entrevista, y Bess llegó a la conclusión de que lo mejor era dejar que aquel pobre joven prosiguiese su vida de ensueños anormales.

Quizá fuese mejor así.

Desde luego, John era feliz, y no había más que mirarle para comprobarlo; pero era precisamente aquella felicidad la que daba pavor a la muchacha: un gozo elemental, sumido en la misma sencillez de una mente infantil y definitivamente perdida.

Poco después dejaba a John en la terraza de su casa, alejándose de allí, con la idea de no volver a verle nunca más, ya que tenerlo

cerca la sumía en un estado de ánimo deprimente.

John miraba el aparato volador que se alejaba. Se había quedado en la terraza y sonreía, contento de que alguien se hubiera unido en amistad con él, fuera de los robots, con los que contaba por completo.

El recuerdo de la joven le era particularmente agradable, aunque debía confesarse que no entendía mucho los propósitos de Bess y la significación de sus miradas, profundas, no obstante, y llenas de humano sentir.

Bajó a su habitación, una estancia reducida y miserable, como casi todas las de aquellas casas, verdaderos hormigueros humanos, habitados por gente sin fortuna, empleados de última categoría, gente sin trabajo, vagos profesionales y personas de profesiones dudosas y equivocas.

Durmió como siempre, agitado, presa de extrañas visiones y pesadillas horribles. Su cuerpo estaba cubierto de sudor y se movía, en su pobre lecho, de un lado para otro, dando mil vueltas, sin llegar a conciliar por completo el sueño reparador que sus gastadas energías necesitaban.

Cuando la sirena del edificio, que sonaba para los que debían ir a trabajar, dejó oír su prolongado sonido, John saltó del lecho, yendo a la minúscula cocina para prepararse una taza de café sintético; se lavó mientras hervía el agua, tomando después el líquido oscuro e insípido, encendiendo un cigarrillo, que le duró en los labios hasta tomar el "helicoche" que debía llevarle a la gigantesca fábrica de "helicoches", donde trabajaba.

Estaba tan acostumbrado a que nadie le saludase, a pasar junto a los otros, oyendo sus risas y sus comentarios, que se extrañó, aquella mañana, al experimentar una sensación de desconsuelo, viendo a los demás, aparentemente felices, mientras él, solo, se encaminaba hacia la zona de los hombres mecánicos.

Pero nada más atravesar la puerta de los departamentos de archivos y control general, la sonrisa afloró a sus labios.

Casi enseguida, "M3333" le salió al paso.

—¡Buenos días, John!

—¡Buenos días, amigo!

Era maravillosa aquella manera que tenía de "sentir" las palabras de los robots, que, naturalmente, eran incapaces de pronunciarlas, puesto que sus mecanismos se lo impedían.

Pero "pensaban", y John era capaz de recibir aquellos mensajes mentales, contestando de la misma manera, sin despegar los labios.

Pensó, sonriendo, la expresión de estupor que había puesto Bess

cuando le había hablado de esto. Y hasta estaba seguro de que la muchacha no le había creído.

Pero alguna vez le demostraría que no había mentido.

Siguió al robot, que se dirigía hacia el interior del departamento, donde los otros trabajaban incansablemente, día y noche, siendo John el único que, como humano, estaba autorizado a salir para comer y dormir.

Todos le saludaron, y el joven, demostrando su calidad de jefe, les preguntó:

—¿Se ha avanzado el trabajo?

—Sí, John: llevamos cerca de quince días de avance. Pero “ellos” no lo saben, como tú dijiste.

—Bien.

—¿Habéis montado el aparato?

—Sí. Lo hemos puesto en el fondo de los archivos.

—¿Lo has ensayado?

—Lo hicimos anoche. Enviamos trescientos mensajes, todos ellos con recepción perfecta. Esta noche enviaremos mil. Y así cada noche.

—¿Qué tiempo nos llevará establecer contacto con todos ellos?

—Unas tres semanas. Luego debes ser tú quien digas lo que hay que hacer.

—Ya lo sé.

Entornó los ojos, esforzándose en encontrar respuesta a lo que acababa de decir. Había dicho “ya lo sé”, pero sin saber nada, sin entender nada de lo que estaba haciendo.

A veces, con el cigarrillo en la boca, en la terraza de su casa, había pensado, preguntándose si él era un hombre o un robot, de una clase distinta a la de sus amigos. En realidad, no sabía qué pensar y prefería, como ahora mismo, dejar de preocuparse por cosas que, lo presentía, no llegaría a entender más que cuando llegase el momento.

Visitó todos los departamentos. Había muchos robots a la entrada de las ventanillas por las que llegaban montones de carpetas, repletas de documentos, para su clasificación y control. Los hombres no querían ni ver a los robots, enviándoles el trabajo por medio de cintas sin fin, que arrastraban los documentos sobre cientos de metros de distancia.

Luego, John, seguido por su amigo, llegó al rincón donde habían instalado el aparato del que “M3333” había hablado antes.

Lo examinó, sin comprender su funcionamiento, pero le satisfizo su aspecto sólido, su tamaño y su limpieza de conexiones.

—Está muy bien —dijo.

—Nos ha costado casi un año, John; pero podemos estar contentos de haberlo logrado.

—Desde luego.

—Lo interesante es que “ellos” no lo descubran.

—No hay miedo: nunca vienen por aquí; además, adelantándonos en nuestro trabajo, tenemos tiempo suficiente para las transmisiones de la noche.

—¿Qué impresión has sacado de la reacción de los otros amigos?

—Estupendo. Se pusieron inmediatamente en circuito. Podemos contar con ellos.

—Era lo que esperaba.

A partir de aquel momento, John dejó la conversación con su compañero metálico, yendo a ocuparse de su trabajo cotidiano, ayudando a resolver a los robots los problemas que sus circuitos no hubiesen logrado discernir por si solos.

El día transcurrió como otros muchos, como los cientos que Bruker llevaba allí. A mediodía salió, dirigiéndose a la cantina, donde tenía un sitio reservado, lejos de los demás, que ni siquiera le miraron.

Para ellos, aquel muchacho era un caso de patente debilidad mental: un imbécil que no contaba en nada para ellos.

John comió su ración de proteínas, bebiendo un jugo sintético de vitaminas. Luego, encendiendo un cigarrillo, se alejó hacia la terraza, desde la que contempló la ciudad.

No; estaba seguro de no amar aquel montón de edificios, aquella masa fea que constituía la ciudad más grande del mundo. Había, en lo hondo de su subconsciente, imágenes que no llegaba a comprender: paisajes, que estaba convencido de no haber visto nunca, extensiones de verdura, árboles y ríos abiertos al cielo azul, sin que ninguna construcción humana viniese a aterrarlos.

Volvió al trabajo y dejó de pensar, atraído por los problemas de su labor. Junto a los robots se encontraba bien, aunque ahora los recuerdos de la muchacha le proporcionaban una sensación de inquietud que no llegaba a comprender del todo.

Cuando salió, al atardecer, tenía la esperanza de encontrar a Bess, de nuevo, de poder oír su voz delicada y de sentirla a su lado, como una presencia nueva, humana…

Pero en vano anduvo despacio, como si se recrease con la visión de los edificios y las rampas, por las que se dejaba arrastrar, lentamente, utilizando el margen menos veloz.

No estaba.

La rampa superior estaba desierta y tuvo que esperar un buen rato hasta la llegada del “helibús”, ya que había perdido el otro, esperando el milagro de la presencia de la muchacha.

Pensó que debía tener trabajo en aquel edificio donde le había llevado, quizá colocando en la cabeza de otros hombres aquel casco metálico, por el que corrían extrañas corrientes electrónicas.

No había intervenido él en el hecho de que su mente se cerrase por completo cuando el aparato empezó a funcionar. Era algo superior a sus propias fuerzas, a su voluntad. Pero lo cierto es que su cerebro se aisló, fácilmente, de los rayos electrónicos que buscaban afanosamente el mundo oculto de sus ideas.

Quizás aquello había enfadado a la muchacha. Y se apenó ahora de no habérselo dicho, de no haberle explicado que él no había intervenido para nada en todo aquel proceso.

Desdichadamente —pensó—, no podía decírselo ahora, como hubiera deseado.

Ella no había venido.

Lanzando una última mirada al fondo, a “Little Square”, subió al “helibús” que acababa de llegar, mirando melancólicamente la rampa vacía que quedaba rápidamente atrás.

Comió en una cantina, en el mismo edificio donde vivía, buscando después refugio en el lecho.

Nunca se había sentido tan desastrosamente solo.

Hasta aquel momento, hasta que había conocido a Bess, el mundo de los humanos le pareció extraño y no sintió necesidad alguna de comunicarse con ellos más que cuando era indispensable hacerlo. Pero ahora, la voz de la muchacha resonaba en sus oídos, su perfume penetraba por su nariz dilatada y la sensación de presencia ponía extraños cosquilleos en su cuerpo.

Durmió mal, despertándose bruscamente en medio de la noche.

Sin poder contenerse, se levantó, yendo hacia la ventana que estaba abierta de par en par. Y una vez allí, desnudo, levantó la mirada hacia las estrellas.

Se estremeció.

Y no hacía frío. La ciudad, como siempre, transpiraba un desagradable hedor humano, de hacinamiento y sudor, que hacía que la temperatura fuera elevada.

Pero él tenía frío.

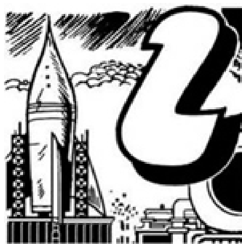
Y, al mismo tiempo, sin separar la vista de las estrellas, se dio cuenta de que todo estaba cambiado.

Miles de imágenes se proyectaron, de golpe, en su cerebro, inundándolo con una luz que casi le cegó mentalmente.

John experimentó una sensación indecible. Era como si su cuerpo se desdoblase y la parte que hasta ahora le había servido, cayese al suelo, inútil e inservible, como esas “camisas” que los ofidios dejan en sus nidos al llegar la primavera, como el capullo que abandona la larva al convertirse en ninfa.

Y entonces, de golpe, comprendió todo.

CAPÍTULO III



A entrada de Orson en el despacho particular de Walter James era más que extraña. Por eso, el hombre macizo que ocupaba el sillón detrás de la mesa levantó la cabeza, frunciendo el entrecejo al mirar al que irrumpía de aquella insólita manera en su sanctasanctórum.

—¿Eh? —fue lo único que pudo decir.

Orson Star era un hombre alto, delgado, de rostro inteligente, ahora cubierto por una palidez que aclaraba un poco el halo de su piel tostada por la lámpara de rayos infrarrojos.

—¡Es tremendo, señor!

Aquellas palabras tuvieron la fuerza de hacer que Walter reaccionase violentamente, como solía hacerlo siempre.

—¿Qué significa esto, Orson? ¿Cómo se ha atrevido a entrar en mi despacho sin llamar? ¡Hasta aquí podíamos llegar!

El otro no se inmutó.

—Es muy grave lo que sucede, señor.

—¡Acabe de una vez!

—Se trata de los robots.

—¿Qué ocurre con ellos?

—No obedecen, señor. Y eso no es lo más grave: hay quien dice que queman los documentos y destrozan los archivos.

—¿Eh?

Walter enrojeció.

Dueño absoluto de la “Palker”, controlando además el ochenta por ciento de la industria pesada, era uno de los capitanes de industria más poderosos del mundo, con más de ocho millones de empleados y cerca de seis millones de robots.

Robots que había fabricado él mismo.

—¡Es imposible! —exclamó.

Orson guardó silencio, sabiendo que su patrón estaba pensando, buscando locamente una solución a aquel problema.

Extendiendo la mano derecha, Walter oprimió un botón, encendiéndose una pantalla de visófono, en la que se enmarcó el rostro de un hombre.

Durosky, el director de la “Palker”.

—Hable —ordenó el patrón.

—Sí, señor. Esta mañana, como de costumbre, enviamos las carpetas del día de ayer a los archivos. Al no recibir comunicación alguna de la sección, como que habían recibido aquello, me puse en comunicación, por visófono interior, con el departamento. Fue entonces cuando vi el caos que reinaba allí dentro: los hombres mecánicos estaban destruyéndolo todo y quemaban las carpetas, como si un furor incomprensible se hubiera apoderado de ellos.

—¿No se han desconectado los mecanismos a distancia, inmovilizando los hombres-máquinas?

—Fue la primera cosa que hicimos, señor; pero sin resultados.

—¿Qué quiere decir?

—Que los robots han seguido funcionando, a pesar de haber desconectado a distancia sus mecanismos-base.

—¡No es posible!

—Eso mismo me dije yo, señor; pero el visófono no miente.

—¡Haga el enlace con el departamento de archivos! ¡Rápido!

—Sí, señor.

Hubo una fluctuación en la pantalla y casi enseguida apareció una escena general de la sala de robots. Los hombres mecánicos seguían destrozando todo y había dos hogueras en las que ardían documentos y planos de la primera importancia, así como los microfilms de cientos de experimentos.

Walter golpeó la mesa con sus puños cerrados.

—¡Hay que parar eso! —gritó—. ¡Hay que detener esas máquinas!

El rostro de Durosky apareció de nuevo.

—¿Quiere que los destruyamos, señor?

—Sí. ¡Envíe un aviso a la Patrulla de la Ciudad y que quemen con sopletes a todos los robots. Antes de que terminen con todo... si es que queda algo.

Una idea le hizo palidecer aún más.

—¿Y en las salas de montaje?

—Los robots las han cerrado y no podemos entrar.

—¡Que tiren las puertas!

—Así lo haremos.

Walter apagó el visófono.

—Dé las mismas instrucciones a todos los sectores afectados de mi industria. ¡Esto es un sabotaje, una maniobra de la competencia, pero ya verán cómo reacciono! ¡Fuera de aquí y haga lo que le he dicho —dijo, dirigiéndose a Orson.

Una vez solo, Walter sacó un tubo del bolsillo, tomando una

pastilla de un fuerte tranquilizante.

Lo necesitaba.

Una vez sintió el efecto del comprimido, volvió a maniobrar en el visófono.

Había tenido la buena idea de llamar a Lucien Dunkan, su competidor más fuerte, al que quería entresacar alguna cosa, seguro de que aquel viejo zorro debía estar enterado de lo ocurrido.

El efecto del tranquilizante le permitió mostrar un rostro sonriente al del hombre cuya imagen apareció en la pantalla.

—¡Hola, Lucien!

—Hola.

No expresaba nada el rostro de Lucien, pero Walter estaba acostumbrado a aquella “cara de póker”.

—Te llamaba para decirte que tengo algunas dificultades, de las que debes haber sido informado ya. ¿Me equivoco?

—No. Sé que tienes grandes dificultades.

—Ya estoy procurando obviarlas, amigo.

—Me lo imagino, pero no lograrás nada.

Walter frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, con voz áspera.

—Que no lograras nada. Yo ya lo he intentado todo.

—¿Eh?

—Sí, viejo: las mismas dificultades han aparecido en mis empresas; esos malditos robots parecen hacerse puesto de acuerdo.

Walter no pudo contener una oleada de alegría, momentánea, al saber que el otro sufría el mismo mal que le aquejaba a él; pero, casi inmediatamente, tratándose de estúpido, llegó a la conclusión de que no debía alegrarse de algo que iba a arruinarlos a los dos.

—¿Has destruido los robots? —inquirió.

—No. ¿Y tú?

—Lo he ordenado.

—Yo no quería hacerlo, hasta que no tuviese más remedio, pero, por lo visto, no va a haber otra solución.

—¿Ha ocurrido algo en tus plantas de montaje?

—Paralizadas. Los hombres-máquinas han cerrado las puertas y han desconectado los visófonos y los televisores, lo que nos impide saber qué está ocurriendo en el interior.

—Igual me ocurre a mí.

—¿Cómo te explicas todo esto, Walter? —le preguntó Lucien, después de una pausa.

—¡Que me ahorquen si lo entiendo!

—Desde luego, es muy raro lo que ocurre. Tú fabricaste esos

robots y, por un momento, te lo confieso, hasta que supe que también tenías tú las mismas dificultades que yo, creí que se trataba de una de tus maniobras.

—¡Por favor, amigo!

El otro sonrió.

—No lo tomes en serio, Walter; pero nos conocemos desde hace muchos años y sabemos cada uno de qué pie cojeamos.

—Nunca hubiera hecho una cosa así.

—Ya lo sé. De todos modos, como te iba diciendo, tú fabricaste esos robos y debes entrevistarte con los técnicos que los montaron: sólo ellos podrán encontrar una explicación a todo esto y, lo que es más importante, una solución.

—Voy a hablar con ellos ahora mismo.

—Tenme al corriente.

—Desde luego…

La sonrisa se agrandó en los labios del otro.

—Ya sabes que tengo una garantía ilimitada de tus robots y que puedo reclamarte judicialmente.

—¡No irás a hacer eso!

—No, si me comunicas la solución al mismo tiempo que la sepas tú. Pero si te aprovechas para que tus fábricas empiecen a trabajar normalmente antes que las mías… no respondo.

—Te prometo informarte antes de poner en marcha mis industrias.

—Así lo espero. Por tu bien, Walter.

La pantalla se oscureció.

James se tomó otro comprimido. Estaba deprimido por las últimas palabras de Dunkan, ya que no había pensado hasta entonces en el lado legal del asunto, recordando ahora que, como había dicho Lucien, los robots fabricados por la “Palker” estaban garantizados indefinidamente.

En vez de comunicarse con los técnicos, juzgó más efectivo ordenar que preparasen su “helicoche”, ordenando al conductor que le llevase a la sección de laboratorios electrónicos, dependientes de su famosa firma.

Su llegada allí cayó como una bomba.

Los rostros de los técnicos llevaban marcada la desesperación que debía haberse apoderado de ellos. Estaban, cuando él llegó, repasando las delicadas conexiones de una nueva serie de robots que iban a ser lanzados al mercado en fecha inminente.

Charles Curtis, el profesor encargado de los laboratorios, se adelantó saliendo al encuentro del patrón.

—Buenos días, señor.

—¡Dejémonos de frases vacías, profesor! ¿Cómo explica esto?

—No lo sé.

—¡Usted inventó los circuitos y todos se montaron siguiendo sus instrucciones!

—Sí, señor.

—¿Y sabe que puedo enviarle, con trabajos forzados, a los Campos de Prisioneros de Marte?

—Yo...

—¡Quiero soluciones! ¡Explicaciones!

El profesor tragó saliva con dificultad.

—Estamos repasando los circuitos, señor, todos. Y no es posible que nuestros robots puedan salirse de las instrucciones electrónicas que se imprimieron en sus mecanismos.

—¿Entonces?

—Por favor, señor, escúcheme unos instantes...

—Bien. Hable.

—Los circuitos de los robots son de los llamados abiertos, de manera a lograr un trabajo colectivo, comunicándose los unos con los otros. Pero, siguiendo las leyes de la Robótica, se ha hecho siempre el montaje de relais de seguridad, de forma que cualquier desviación en la línea de labor encomendada a cada uno inutilice el resto del mecanismo.

—Lo que quiere decir...

—... que ninguno de los robots que hemos fabricado, señor James, puede salirse de la línea trazada y, mucho menos, lo que es absurdo, reaccionar por si mismos.

—¡Pero es lo que está ocurriendo!

—Lo sé, señor. Y estamos buscando la explicación.

—¿Sabe que he ordenado su destrucción?

—¡Oh, no, señor! ¡No lo haga!

—¡Cállese! Nadie puede darme órdenes. Los de la Patrulla acabarán con los de los archivos, antes que esas máquinas malditas terminen con la preciosa documentación que allí tenemos.

—¿Cómo los destruirán, señor?

—Con chorros térmicos. ¡Los convertirán en metal líquido!

El profesor bajó la cabeza.

Comprendía perfectamente la lógica de las palabras del patrón; pero, de todos modos, aquellos robots eran sus criaturas, lo que había resultado de muchísimos años de trabajo y de esfuerzo.

Y, sin poderlo evitar, lamentaba que fueran destruidos de aquella horrible manera.

Intentó convencer, en cierto modo, al director-gerente.

—Deberíamos, no obstante, señor, coger uno de ellos para estudiar lo que haya podido suceder en su interior.

—¡Poco me importa! Quiero salvar los archivos: eso es lo que más me interesa.

—Bien, señor.

Iba a abandonar Walter los laboratorios cuando uno de los profesores se acercó a ellos, puesto que Charles Curtis acompañaba al patrón hasta la puerta de salida.

—Por favor…

Se volvieron los dos.

Y Walter, con la impertinencia que le caracterizaba, preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Quién le ha llamado?

—Deseaba recordarle, señor, que hay un hombre en los archivos.

—¿Un hombre?

Curtis se apresuró a intervenir:

—Se trata de John Bruker, señor: un retrasado mental que tuvimos que enviar junto a los robots,

Walter se frotó el mentón.

—Es curioso, no lo sabía…

—¿Quién ordenó que un ser humano trabajase con los robots?

—No lo sé. Quizá si preguntásemos al jefe de personal…

—Llámelo por visófono ahora mismo.

—Bien.

Se alejó el profesor hacia el despacho; volviendo pocos instantes después.

—Lo tenemos en pantalla, señor.

James fue hacia la estancia, clavando su mirada en el rostro del hombre, cuya imagen reflejaba la pantalla.

—Me acaban de decir que hay un hombre en los archivos de la “Palker”, junto a los robots.

—Es cierto, señor; se trata de John Bruker, un deficiente mental.

—Eso ya lo sé. Lo que me interesa es saber quién ordenó tal cosa.

—Usted, señor.

El rostro de Walter enrojeció.

—¿Yo?

—Sí, aún guardo la orden firmada por usted, recomendando a ese hombre que fue dado inútil por nuestros servicios médicos, para que se le destinase a los archivos.

—¡Yo no he firmado nunca una cosa así!

—¿Desea que le muestre la orden?

—¡Ahora mismo!

Desapareció la imagen del jefe de personal, viéndose al cabo de unos instantes un papel en el que se decía que John Bruker debía ser destinado a los archivos. La firma estaba al pie del escrito.

—¡Yo no firmé nunca eso! ¡Alguien debió falsificar mi firma!

Estaba frenético.

Durante unos instantes fulminó con la mirada a cuantos le rodeaban. Incluso al jefe de personal, cuyo rostro había vuelto a ocupar la pantalla.

Pero, poco después, su cerebro volvió a funcionar normalmente. Y siendo un hombre acostumbrado a sacar partido de todas las posibilidades, aunque éstas pareciesen ser adversas, dijo:

—¡Quiero hablar con ese John Nosequé!

—Pero...

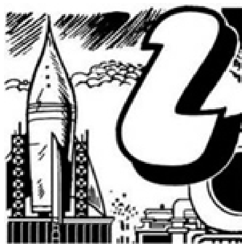
—¡Pónganme en comunicación ahora mismo con él! ¿Es que no se dan cuenta, banda de ineptos, que si alguien ha cambiado los circuitos de los robots, ha debido ser ese hombre? ¡Rápido! ¡Rápido!

El propio profesor maniobró el visófono, buscando el relais que correspondía a los archivos.

Walter sonreía.

Estaba seguro de haber encontrado la solución. Y, si no se equivocaba, la normalidad se restablecería dentro de poco, demostrando al mundo, una vez más, que Walter James sabía lo que se hacía y que no era por nada por lo que se había convertido en uno de los más poderosos hombres del mundo.

CAPÍTULO IV



E había ocurrido algo extraño.

Para él, hundido hasta aquel momento en un estado de casi completa ignorancia, la luz de una verdad desconocida le hizo creer que lo sabía todo. Y cuando, mirando a las estrellas desde la ventana de su miserable cuarto, en aquel edificio-colmena, se vio inundado por ideas que jamás imaginó pudiesen existir, sintióse como otro hombre.

Abandonando su casa atravesó velozmente, aumentando con su carrera la marcha de las rampas, la ciudad, dirigiéndose ansioso hacia el monumental edificio de la “Palker”.

Estaba completamente seguro de que todo lo que imaginaba iba a ocurrir, pero no se paró a pensar, debido a lo limitado de su inteligencia, que en realidad sabía muy poco, y que la hora, la que él esperaba intuitivamente, podía no haber llegado.

Al detenerse ante la puerta, no se extrañó al ver que ésta se abría. Pero antes de penetrar en el edificio, volvióse, movido por una sensación de ternura que le embargaba, para contemplar “Little Square” y mirar hacia el lugar en dónde, por vez primera, aquella tarde, había aparecido la gentil silueta de Bess.

Luego entró.

Tampoco se sobresaltó al ver que “M3333” estaba allí, esperándole fuera, muy lejos de la zona donde los robots permanecían siempre confinados.

—Te esperábamos, John.

—Lo sé.

Le siguió por estancias y pasillos hasta encontrarse en los archivos, donde los otros hombres-máquinas estaban procediendo a la destrucción total de los documentos, planos y microfilms.

Bruker observó unos instantes aquella labor incesante.

—¿Se han dado instrucciones en todas partes? —inquirió, volviéndose hacia su acompañante.

—Sí. Pero hay una novedad desagradable.

John preguntó:

—¿Cuál?

—Los robots europeos no contestan a nuestras llamadas. No han debido poder cambiar sus circuitos.

—Estarán hechos de otra manera.

—Eso debe ser. Si son más imperfectos que nosotros, el problema no es tan urgente allí, en aquellas lejanas tierras.

—Desde luego.

—Vamos junto al aparato.

Se dirigieron hacia el rincón donde estaba situado el poderoso transmisor. Dos hombres mecánicos estaban allí, maniobrando, emitiendo sus mensajes electrónicos a todas las fábricas del continente americano.

Uno de ellos, al ver llegar a Bruker, se volvió, mirándole con sus ojos luminosos, que no eran más que un acoplamiento de centenares de elementos fotoeléctricos.

—¡Hola, John!

—¿Cómo va eso?

—Perfectamente: he establecido contacto con todos los jefes de grupo y ya han empezado su destrucción sistemática.

—¿También en las plantas de montaje?

—Sí.

—Lo más importante, amigo —intervino “M3333”, el robot—, es la destrucción que se hará aquí, en los archivos de la “Palker” y en los de la “Walter”.

—Desde luego. Estas dos firmas son las que controlan la totalidad de la producción en América. Hace tiempo que terminaron con la competencia y no quedan más que ellas dos.

—¿Crees que todo esto será efectivo?

—Sí. Lo de Europa tiene su importancia también, pero es secundario al lado de lo nuestro.

Durante el resto de la noche, John permaneció al lado del aparato de transmisión, interpretando mentalmente los mensajes que sus dos amigos emitían, y leyendo, también mentalmente, las respuestas que provenían de los centros de trabajo de las dos poderosas compañías, diseminados por todo el continente americano.

Estas respuestas demostraban que el plan se iba desarrollando con una precisión maravillosa. Así antes del amanecer, no quedaba por destruir más que cosas secundarias, viejos archivos, cuya importancia dejaba de ser fundamental.

Durante parte de la mañana siguiente, John continuó controlando mensajes, quedándose, con una facilidad que le pasmaba, con todos los detalles que se recibían, como si tuviese

necesidad más tarde, de hacer, de memoria, un informe completo, y sin que en él pudiera faltar un solo detalle.

Fue entonces cuando, hacia las diez de la mañana, el visófono de los archivos, cuya pantalla estaba situada en la primera sala, reflejó el rostro de Walter James.

Uno de los robots fue en busca de John.

—Te llaman —dijo.

—¿Quién?

—Desde la pantalla.

—Voy.

Siguió al hombre mecánico que le había prevenido, deteniéndose después ante el gigantesco rectángulo, casi totalmente ocupado por el rostro del poderoso patrón, cuya mirada estaba clavada en él.

—¿Eres John Bruker? —preguntó el otro.

—Sí.

—¿Te has dado cuenta de lo que han hecho los robots?

—Sí.

—¿Sabes quién se lo ha ordenado?

—Sí.

Walter frunció el entrecejo.

—¿Quién ha sido?

—Yo.

Hubo una pausa y el color de la pantalla reflejó la palidez que había cubierto el rostro de James.

—¿Por qué has hecho esto, John Bruker?

—No lo sé.

Y decía la verdad.

Después de todo, él, por el momento, así lo presentía, no era más que un eslabón en una cadena cuyos dos extremos se hundían en lo más hondo de los misterios que le rodeaban.

Walter había permanecido silencioso, como si dejase que su astuto cerebro encontrase la fórmula que tan ansiosamente buscaba.

—John… —dijo.

—¿Qué?

—Si deseas alguna cosa, ven a decírmelo: te concederé lo que sea.

Bruker se quedó perplejo.

“Sabía” que debía pedir “algo”, que todo aquello se había hecho por un “motivo”, para conseguir…

¿El qué?

Luchó furiosamente, buscando hasta en los más recónditos

rincones de su mente, ahondando en los pocos recuerdos que tenía y, sobre todo, en la revelación que había tenido aquella noche.

Nada.

No encontró nada, a pesar de que experimentó algo raro, como si su cerebro hirviese por momentos. No obstante, el deseo estaba en él, lo habían sembrado en su corazón, y los frutos estaban allí, al alcance de su mano, empapados en la generosa e infantil, idea que tenía de las cosas,

—¿De veras que me concederá lo que le pida?

Un esbozo de sonrisa asomó a los labios de Walter.

—¡Naturalmente, muchacho! Te daré cuanto desees.

John se mordió los labios.

¡Cuánto le hubiese gustado saber lo que tenía que pedir!

Pero, a pesar de su ignorancia actual, la experiencia de lo ocurrido el día anterior le daba ánimos ahora para creer a pies juntillas que podía producirse en el momento menos esperado otra “revelación”, justo la que necesitaba para poder formular las peticiones que tan generosamente deseaba el patrón complacer.

—Acepto —dijo con voz preñada de emoción.

—Bien. Enviaré un “helicoche" para que te recoja a la salida. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Se borró la imagen de la pantalla y John se quedó allí sin saber qué pensar. Los pasos de “M3333” le sacaron de su abstracción.

Se volvió hacia el robot.

—Van a darnos lo que deseamos.

—Me parece muy bien. Tú eres quien mandas, John, y quien ha de saber lo que hay que hacer.

El muchacho sonrió.

—Estoy muy contento de conseguir lo que queríamos tan pronto.

—Yo también.

Hubo una pausa.

—¿Me acompañas hasta la puerta? —inquirió John Bruker.

—Desde luego.

Fueron por el edificio vacío. Los pasos del hombre mecánico resonaban fuertemente sobre el liso suelo de plantas de “antipires”, la última sustancia incombustible que había descubierto la técnica.

Una vez ante la puerta, “M3333” maniobró los dispositivos, abriéndola de par en par.

Había un hermoso vehículo junto a la primera rampa.

—Te esperan ya, John.

Sonrió el joven.

—Sí. Volveré enseguida. ¡Ha sido un verdadero triunfo!

—Puedes estar orgulloso de ello.

No se estrecharon la mano porque era inútil el hacerlo; pero John miró cariñosamente a aquella máquina que tan cerca de él había estado desde el principio, tan profundamente compenetrada con él.

Y se alejó hacia el coche.

* * *

Bess había dormido profundamente. Se acostó cerca de las tres de la madrugada, ya que el trabajo, el día y la noche anteriores, había sido exhaustivo en el Instituto de Psicoadaptación.

Durante toda la tarde y parte de la noche, junto al profesor Lorenz, había trabajado con un criminal peligroso, al que el abogado defensor logró una “eximente” por probable estructura psíquica anormal.

El paciente se mostraba rebelde a la psicoinspección; la muchacha y el profesor hubieron de desplegar toda su habilidad para, al final de la noche, y cuando ya estaban desesperados, conseguir descubrir el “foco” psicopatológico que explicaba claramente el comportamiento anormal de aquel hombre.

Habían luchado arduamente para salvar la vida de aquel desgraciado, sobre el que pesaba ya, de una manera definitiva, la pena de muerte. Y cuando a altas horas de la madrugada lograron sus loables propósitos, profesor y ayudante intercambiaron una mirada de complicidad emocionante, sabiendo que ninguna palabra expresaría, en aquellos instantes, lo que os ojos se decían.

Rendida, Bess cayó en el lecho, con la satisfacción de haber hecho algo bueno por sus semejantes, hundiéndose, casi enseguida, en un sueño reparador que, no obstante, se vio interrumpido poco después por una pesadilla en la que todo giraba alrededor de John Bruker.

No, no lo había olvidado, aunque científicamente estuviese demostrada su pobreza mental. De nada le había valido el decirse y repetirse hasta la saciedad que John era una especie de niño: un ser sumido en las brumas de una ignorancia estrechamente ligada a la manifiesta pobreza de su cerebro.

Había nacido así y nada podía hacerse.

Tampoco significaba nada el aspecto inteligente de su rostro, su amplia frente y la vida que latía en el brillo de su humana mirada. Todo aquello no podía ser más que apariencia, “fachada”, como si la naturaleza hubiera querido demostrar lo que aquel muchacho

hubiese podido ser si su cerebro hubiera alcanzado el desarrollo normal que podía esperarse.

¡Pobre John!

Era una víctima de los caprichos de la naturaleza, una jugarreta que el hombre, hasta el momento, no había logrado resolver, ya que esa clase de anormalidades se producen siempre antes del nacimiento.

¿Dónde había nacido el joven?

Recordó haberle preguntado sobre su vida infantil y la respuesta vaga que había obtenido: todo se explicaba a aquel respecto, ya que los débiles mentales carecen generalmente de memoria.

Estaba un poco enfadada consigo misma, ya que debía haber visitado más al joven; pero, en el fondo del corazón, donde no cabía el menor engaño, existía algo que, lo quisiera o no, confirmaba que había cometido el error de enamorarse de aquel joven en cuanto lo vio.

Fue algo mucho más fuerte que ella, una especie de intuición que, como se demostró más tarde, había sido plenamente errónea. Y ahora, al examinar su conciencia, entre sueños, limpiamente, sin hipocresía, experimentaba una sensación de desconsuelo, en la que había también una protesta contra el engaño que había sufrido.

Porque, ¿quién podría imaginar que aquel joven era un pobre débil mental, un ser infantil e incapaz de hacerla feliz? Cuando lo vio en la “Plazuela” no pensó nunca en lo que luego se confirmó, incluso con el examen que le hizo en el Instituto.

Movióse en el lecho, presa de aquella pesadilla angustiosa, hasta que el sueño normal volvió a apoderarse de su espíritu, barriendo las imágenes perturbadoras y sumiéndola en un descanso que su cuerpo necesitaba.

Se despertó muy tarde.

El sol entraba a raudales por los amplios ventanales de su estancia. Alegre, sintiéndose dispuesta a cualquier cosa, fue a la ducha, después de ver que acababan de dar las once de la mañana. Todavía tenía tiempo para ir al Instituto y ayudar al profesor, que, sin duda alguna, estaría ya en su laboratorio.

Recordando lo hecho la noche anterior, sintióse alegre, pensando que aquel condenado, que fue trasladado a la Penitenciaría al acabar los análisis, se había convertido en un ser normal, ya que la zona peligrosa de su mente había sido destruida merced al extenso tratamiento psíquico que se le había hecho.

Vistióse, saliendo después a la amplia terraza donde le esperaba su “helicoche”. Era un vehículo precioso, construido especialmente

para mujeres, de líneas atrevidas y color azul intenso.

Al dirigirse hacia él, echó una ojeada a la hermosa zona residencial en la que habitaba, no pudiendo evitar un fruncimiento de ceño al compararla, mentalmente, con la fea aglomeración de casas-colmena en la que vegetaba John.

¡Otra vez él!

Obligó a su cerebro a alejar aquellas ideas, ocupándolo en la dirección de su aparato que, momentos más tarde, se elevaba con dulzura, alejándose hacia el monumental edificio del Instituto, que ya se divisaba a lo lejos.

Posóse en una de las terrazas, tomando después un “descensor” que la llevó a la planta de los laboratorios. Al entrar en ellos comprobó con una sonrisa que no se había equivocado al pensar que Walter Lorenz estuviese ya allí.

El profesor, junto a uno de los aparatos, repasaba unos gráficos que había sacado de una carpeta. Y al oír los pasos menudos de la muchacha, volvióse, sonriéndola de la amable manera que solía hacerlo siempre.

—¡Buenos días, profesor! —saludó ella.

—¡Hola, Bess! ¿Ha descansado bien?

Bess exclamó:

—¡He dormido como un leño! Quizá demasiado, ¿no es cierto?

La sonrisa se amplió en el rostro del sabio.

—No, pequeña: los jóvenes necesitáis más descanso que nosotros.

—¡Ya está usted tratándose de viejo!

—No es ningún pecado el serlo: la vejez es una fase de la vida que hay que pasar, como las otras...

Se había quedado como absorto.

—¿Sabes lo que estoy repasando, Bess? —dijo luego, señalando los papeles que tenía en la mano.

—No.

—La ficha de John Bruker.

Ella sintió una punzada en el pecho, enrojeciendo visiblemente, cosa de la que no se apercibió el profesor, cuya mirada había vuelto a los papeles.

—Es muy curioso... —musitó, como si hablase consigo mismo.

—¿Encuentra usted algo raro en el resultado del análisis? —inquirió la muchacha, con la voz velada por una emoción.

—No. Los análisis no pueden ser más concretos. Lo que no me explico es el comportamiento de ese muchacho. Porque supongo que lo habrás oído en la Televisión.

—¿Eh? ¿Qué quiere usted decir? No he puesto la televisión esta mañana. ¿Qué ha ocurrido, profesor?

—Ese muchacho, según las noticias, ha provocado un cambio en la actitud de los robots, y éstos han destrozado todos los archivos y plantas de montaje de la "Palker" y la "Walter".

—¿Es posible? ¡Pero si John es un…!

—… débil mental, ya lo sé, Bess. Hay cosas muy extrañas en todo esto; pero, desde luego, no creo que W. James pida una pena de muerte si no tiene pruebas suficientes.

Le pareció a la joven que las piernas iban a fallarle.

—¿Una… pena… de… muerte? —balbució.

—Sí. Han logrado capturar al muchacho, que ha confesado, incluso ante la televisión, que había sido él quien cambió los circuitos de los robots, violando una de las leyes fundamentales de la Robótica, la que dice que los hombres-máquinas no deben hacer nunca nada que no se les haya incluido en los circuitos.

—¡Pero no puede ser, profesor! ¡John no es capaz de hacer una cosa así! ¡Su mente infantil no podría realizarlo!

—Ya lo sé, ya lo sé. Veo con toda claridad que alguien se ha aprovechado de la inocencia de ese pobre muchacho. Pero habiéndose declarado culpable…

—¿Y eso qué importa? ¡Nosotros podemos demostrar su incapacidad y salvarle!

Lorenz frunció el entrecejo.

El profesor dijo:

—Verás, Bess… yo desearía ayudarte, sobre todo porque comprendo que, además de la conmiseración que te ha producido ese muchacho, experimentas una sincera simpatía hacia él. Pero creo, pequeña, que el Instituto, nuestro Instituto, se mantiene en pie gracias a los donativos exclusivos de la importante Compañía "Palker".

Ella bajó la cabeza.

—Comprendo —musitó—. ¿Y no podría yo hacerlo, señor Lorenz? —preguntó, mirando al profesor.

El profesor preguntó:

—¿Qué quieres decir?

Bess explicó:

—Que yo podría "apoderarme" de ese informe y, después de presentar la dimisión de mi puesto, utilizarlo para defender a ese muchacho, al que no creo culpable.

La miró, sorprendido y aterrado al mismo tiempo de la vehemencia que ella había puesto en sus palabras, tan firmes, y en

el contenido inesperado de éstas.

—¿Vas a hacer eso, Bess? —inquirió, como si no estuviese seguro de haberla oído.

Bess asintió:

—Sí, profesor: estoy decidida y nada me disuadirá de esta idea.

Hubo un largo silencio.

El profesor estaba preocupado.

—No quiero interponerme en lo que deseas, pequeña; pero, al menos, déjame advertirte que no conseguirás nada; es decir, no lograrás más que derrumbar una carrera, que se presentaba magnífica —dijo después Lorenz.

Bess preguntó:

—¿Por qué?

El profesor dijo:

—Porque Walter James es un hombre poderoso y se reirá de tu informe, si su propósito es el de matar a John.

Bess exclamó:

—¡No lo matará!

—La T.V. ha dicho que hoy mismo sería encarcelado y que se celebraría un juicio sumarísimo. ¿Te das cuenta del mal que ha hecho esa locura mecánica de los robots? Toda la industria de América ha desaparecido, igual que los planos, los procedimientos de fabricación y la maquinaria para el montaje. Va a producirse, estoy seguro, un colapso formidable y sólo dependerá nuestra salvación de la ayuda que quieran prestarnos los otros pueblos. Para los Estados americanos, esto significa un retraso de una década… y no sé si podremos recuperarnos jamás.

Bess dijo:

—Todo eso es cierto y está muy bien, profesor: yo misma castigaría a los culpables. Pero si éstos han sido lo bastante listos como para escapar, por el momento, a la Justicia, ¿por qué hacer pagar la catástrofe a un pobre muchacho que sería incapaz de saber qué hay en el interior de un robot?

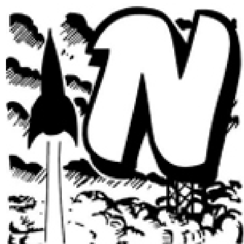
El profesor no dijo nada.

Y, tras una larga pausa, la muchacha, apoderándose de los documentos del caso John Bruker, se acercó a una mesa, escribió unas líneas, las firmó y volviendo junto a Lorenz, le dijo;

—Ahí tiene usted mi dimisión, señor. Adiós.

Él hizo un gesto como para detenerla, pero dejó caer el brazo, viendo cómo la muchacha se alejaba con pasos rápidos, desapareciendo por la puerta de entrada.

CAPÍTULO V



O le fue posible ser recibida por el poderoso Walter James. Lo intentó incansablemente una y otra vez, desesperándose, diciéndose con tristeza que su persona era muy poca cosa para llegar hasta el sitial que ocupaba aquel hombre superpoderoso.

Al caer la noche de aquel horrible día, cansada, con los nervios destrozados, se dijo que, por lo menos, ya que no podía ver a Walter, debía hacer lo posible por visitar a John, para saber la verdad e instarle a que rectificase su absurda y loca declaración de culpabilidad.

¡Qué sabía aquella gente que lo acusaba de lo elemental de su mente, de la simpleza de sus razonamientos, de las ideas infantiles que lo poblaban!

Sabiendo que no lograría un permiso directo para entrar en la prisión de la ciudad, visitó a un viejo abogado, amigo de sus padres, cuando éstos vivían.

El hombre de leyes la escuchó, meneando después la cabeza.

—Puedo conseguirte un permiso, Bess, como periodista, por ejemplo. Te costará mil créditos.

—Estoy dispuesta a pagar.

—Me lo suponía: siempre fuiste una chica tozuda desde que eras así de pequeñita. Pero lo que quiero decirte es que no lograrás nada. W. Jones está rodeado de los más prestigiosos abogados de América, y será sencillísimo para él conseguir un veredicto de culpabilidad, sobre todo, después de que ese muchacho ha declarado, públicamente, que era el único responsable de lo ocurrido.

—¡Pero es un débil mental!

—Puede que tengas razón, Bess. No dudo de tu palabra. Además tú entiendes mucho más que yo de esos asuntos del cerebro. Pero, compréndelo bien, pequeña: La “Palker” y la “Walter”; ya sabes que esta última se quedó con el nombre original cuando James y Lucien se separaron, hace años. De ahí el que la industria de Dunkan se llame “Walter”.

—Lo sé.

—Por eso no conseguirás nada: las dos firmas necesitan apoyo inmediato de los europeos. Y la única manera de conseguirlo es demostrar que han encontrado al culpable y lo han ajusticiado. De esta forma, los de ultramar no podrán desconfiar ni creer que se trata de una maniobra comercial. Además, ni sé si sabrás que los robots han sido destruidos totalmente y que se ha invitado a los jefes de empresa europeos para que visiten, urgentemente, todo lo destruido por los hombres máquinas.

”¿Te das cuenta, pequeña, de lo que significa para Jones y Dunkan lo ocurrido? ¡Nunca más volverán a ser lo que eran! Perderán miles de millones de créditos y, por lo menos durante diez años, dependerán de Europa. Desde luego, el culpable, o los culpables, sean quienes fueran, merecen mil veces la muerte.

—Estoy de acuerdo con usted; pero no debe castigarse a un inocente.

—¿Tan convencida estás de que lo es?

—¡Por completo! ¿Imagina usted que un niño de dos años pueda cambiar algo tan complicado como los circuitos de los más perfectos robots que se construyeron jamás?

—Evidentemente, no.

—¡Pues John Bruker tiene una mentalidad de un niño de pocos años! Quizás, a veces, posea la de un pequeño de cuatro años, otras la de uno de ocho, pero nunca pasa de esa edad. ¡Aquí tengo los documentos que lo demuestran!

—Te creo, Bess, pero vuelvo a repetirte que no te servirá de nada.

—¡Ya lo veremos!

El abogado le consiguió, en menos de una hora, los documentos que necesitaba para entrar en la prisión como periodista, realizando un pago elevado como ocurría en aquellos casos.

Al salir de la casa del hombre de leyes, Bess vio que era de noche cerrada. Por eso se apresuró a llegar lo antes posible a la prisión donde, después de una espera que le pareció interminable, el empleado selló el pase.

—Un funcionario la conducirá hasta la celda, señorita. ¡Ya han venido, lo menos, quince periodistas, pero todos se han ido echando pestes: ese tipo no quiere hablar con nadie.

—Muchas gracias por la información; pero, al menos, voy a intentarlo yo.

—Fracasará cómo los demás.

Bess se encogió de hombros, siguiendo al empleado, que, a través de pasillos, la condujo, precediéndola, hasta la puerta de la

celda que ocupaba el muchacho.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el guardián le dijo:

—Tiene usted quince minutos, señorita.

—Gracias —contestó ella, sin volverse.

Estaba mirando a John que, bocabajo, yacía en el lecho, aparentemente dormido.

Se acercó.

—¡John!

Fue como si una descarga eléctrica sacudiese el cuerpo del joven. De un salto se volvió, poniéndose en pie y mirando a la muchacha con un esbozo de sonrisa: una sonrisa franca y abierta, como todos sus gestos.

—¡Usted! —exclamó.

—Sí, yo, John.

—Siéntese, por favor.

Le colocó una silla, la única, sentándose él en el borde del lecho.

—No creí volverla a ver —dijo, sin dejar de mirarla ni de sonreír.

—No supe nada hasta esta mañana; pero, cuando me enteré, vine enseguida, aunque hice otras gestiones antes.

Él no dijo nada, limitándose a sonreír, sin dejar de mirarla con ternura.

—¿Qué ha ocurrido, John? —preguntó ella de repente.

—¿Es que no lo sabe usted?

—Sí, pero deseo oírlo todo de sus labios: saber la verdad.

—Bien —suspiró—, los robots destruyeron todo: archivos, maquinaria, planos...

—Eso ya lo sé; mas, ¿quién cambió los circuitos?

—Yo.

Le miró con asombro.

—Eso no puede ser, John. Usted no pudo hacerlo.

—Lo hice yo.

La muchacha se mordió los labios.

—Veamos —dijo después, mirándole fijamente—: ¿qué es un relais bipolar?

—No lo sé.

Bess preguntó:

—¿Qué tensión de corriente llevan los robots?

—No lo sé.

—¿Qué es una célula fotoeléctrica?

—Lo ignoro.

Bess suspiró.

—¿No se da cuenta, John, que sin saber esas cosas elementales y otras muchísimo más complicadas no se puede hacer nada en un hombre-máquina? ¿Cómo se atreve a decir que fue usted?

—Porque lo hice.

—Pero...

John frunció el entrecejo y mirándola muy serio le dijo:

—Yo no sé cómo lo he hecho, señorita Bess; pero estoy seguro de que sólo yo podía hacerlo. Ellos, los robots, estaban convencidos de que yo era el jefe. Y me obedecieron, destruyéndolo todo. ¡Lástima que no pudimos hacer lo mismo con los robots europeos! Pero estos son muy elementales y no poseen los circuitos de los nuestros: son como un aparato de galena comparado con un televisor.

¡Era como para volverse loca!

Porque, en medio de las estupideces e incongruencias que decía el joven, había, a veces, como chispazos de verdadera inteligencia.

Viendo que no lograría información alguna, Bess, preguntó:

—¿Por qué no niega haberlo hecho, John?

Una luz de incredulidad se pintó en los ojos de Bruker.

—¿Cómo? ¿Quiere usted que mienta, señorita? ¿No se da cuenta de que no se debe mentir?

¡Era imposible de llegar a ninguna conclusión!

—Le van a condenar a muerte, John: van a matarle. ¿Es que no se da cuenta de lo que eso significa?

Bruker sonrió.

—No me matarán.

Ella abrió la boca, pero no dijo nada de lo que en aquel momento y, a pesar de ella misma, iba a decir y que no era nada agradable en verdad.

Pero, se contuvo, con una triste sonrisa en los labios:

—¿Puede decirme, John, cómo evitará que lo maten? Es muy posible que mañana mismo, según he oído, seas llevado ante un tribunal especial que se encargará, enseguida, de formular un veredicto de culpabilidad que, dada la importancia del asunto, podría hacer que mañana a la noche se procediese a tu ejecución...

Su voz se hizo vibrante, como una súplica que le salía de lo más hondo del corazón:

—¡Por lo que más quieras, John! ¡Por lo que más quieras! ¡Niega que has sido tú!

Y la respuesta, inesperada, se dejó oír, con una vos suave, normal:

—Lo que más quiero, Bess, es usted.

—¿Eh?

—Sí. Es usted lo único que me queda en el mundo. Mis amigos, los robots, han sido destruidos, me lo han dicho los periodistas que vinieron a verme…

Ella no pudo controlar la emoción que se apoderó de su espíritu. Y las lágrimas surgieron de sus ojos cayéndole mansamente por las mejillas.

—¡Oh, John! ¡Si soy yo lo único que quieres! ¡Si significo algo para ti, niega rotundamente lo que has dicho! ¡Sálvate!

La mano del joven se adelantó un poco, acariciando los cabellos dorados de la joven, brillantes como el sol.

—No temas, Bess —dijo, tuteándola por primera vez—: nada me ocurrirá.

—Pero…

—¡No llores, por favor! ¡Si tuvieses la misma seguridad que yo poseo! ¡No puedo morir, Bess! Lo sé, aunque sería incapaz de explicar qué puede ocurrir para que no me suceda nada.

Sólo la mente infantil de aquel muchacho podía poseer una confianza que no se basaba en nada lógico. Si hubiera conocido a los hombres, sobre todo a los que eran como Walter James y Lucien Dunkan… ¡qué poco hubiera contado con algo que le salvase! Porque si aquellos deseaban su muerte, nada ni nadie podría detenerla.

Pero se daba cuenta de que no podía hacer nada, de que todos sus esfuerzos iban a ser tan inútiles como vanos.

La voz del guardián resonó a sus espaldas, estremeciéndola.

—Ha pasado la hora, señorita. Tiene que abandonar la celda.

Secóse precipitadamente el rostro.

John se puso en pie, sonriente:

—Así me gusta, Bess. No quiero que llores más.

Bess musitó:

—No volveré a hacerlo…

Él puso sus fuertes manos sobre los hombros de ella.

—¿Me das un beso antes de irte? —dijo con voz llena de tonalidades sentidas y profundas.

No pudo contenerse.

Se lanzó, locamente, a los brazos de John, mojándole el rostro con las lágrimas que volvieron a brotar de sus ojos. Y le besó, con ansia, segura de que iba a perderlo.

Luego salló de la celda.

—¡Caramba con los medios que utilizan ciertas periodistas! No me extrañaría nada que hubiera obtenido lo que los otros no han

logrado —dijo el carcelero, con una sonrisa maliciosa.

Bess corría y no respiró hasta hallarse en la calle.

Se percató entonces de la locura de aquellos sentimientos por los que se había dejado arrastrar. No, no tenía derecho a querer a un hombre como John; tampoco tenía derecho a...

—Pero, por lo menos —pensó—, que lleve a la muerte el recuerdo de algo agradable: lo único que he podido ofrecerle...

* * *

Desde una de las tribunas, Bess asistió al desarrollo de aquel juicio "relámpago", dándose cuenta de que nada podía salvar al muchacho.

John, sentado en el banquillo de los acusados, escuchó primero a los testigos, todos ellos empleados de la "Palker"; luego, cuando el fiscal le preguntó si confesaba, una vez más, ser el culpable de lo que los robots habían hecho, el joven, en pie, respondió:

—Sí —repuso, con voz clara—. Soy el único culpable.

—¿Y por qué lo hizo?

—No lo sé.

El fiscal torció el gesto.

—Le advierto, John Bruker, que si confiesa el nombre de sus cómplices y, sobre todo, de quien le ordenó hacerlo, la magnanimidad del señor W. James hará que la pena aplicada sea mucho menos decisiva y tajante.

—Nadie me lo ha ordenado.

—¿Es que está usted loco?

Y John, mirando fijamente al fiscal, respondió:

—¿Loco? ¿Por qué lo iba a estar? Yo sé que la Tierra y sus hombres han de cambiar, las cosas han de tomar un nuevo rumbo. Todo el mundo esperaba, a principios del siglo XXI, una época de paz para los hombres, una vida apacible y segura, puesto que podía exigirse eso del avance de la técnica; en vez de eso, ¿qué podéis ofrecer, vosotros, los poderosos, a la humanidad que esperaba lo que debía dársele?

Bess no daba crédito a lo que estaba oyendo.

Momentos antes, estaba dispuesta a mostrar el informe que se había llevado del Instituto, para demostrar a aquella gente que John, el pobre John, no era más que un débil mental.

Pero ahora, después de escuchar aquellas palabras que el joven acababa de pronunciar, ¿qué podría demostrar?

Era precisamente la actitud confusa de Bruker lo que la sumía en la más completa perplejidad: a veces, las más, John no era más que

un pobre estúpido, pero otras, como ésta, demostraba poseer algo que todo el mundo le hubiera negado con sólo tratarlo media docena de minutos.

El fiscal sonrió.

—Creí que iba a mostrarse usted más inteligente, aprovechándose de la magnanimidad del señor James. Él estaba dispuesto a perdonar si usted hacia públicos los nombres de sus cómplices.

—Repito que no los tengo.

—Bien. Eso cambia completamente el curso del asunto.

Y volviéndose al tribunal, dijo:

—Señores: tenemos ante nosotros al único responsable del gran mal que se ha causado a la industria del continente americano. Acaban de oír su confesión pública y todos esperamos que sea dictada una sentencia a la altura del horrible delito cometido que, sin temor a error, puede calificarse de traición hacia la humanidad en el más alto grado.

Se sentó.

Los miembros del tribunal cuchichearon entre ellos; unos minutos más tarde, el presidente, poniéndose en pie, dictó la siguiente sentencia:

—Este tribunal, de la ciudad de Nueva York, en el día de hoy, 29 de marzo del año 2077, condena al llamado John Bruker a la última pena. Y dadas las gravísimas circunstancias que su delito significa, le condenamos a morir ahorcado en la noche de hoy. Eso es todo.

Bess tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para no gritar.

Dejó que las lágrimas corriesen por sus mejillas y contempló, a través de ellas, la imagen de John que, conducido entre los dos policías, salía de la sala.

Una impresión terrible, la de verle por última vez, aplastó el hálito de su vida, haciéndole experimentar una sensación de abandono completo.

Y una vez fuera, en la calle, caminando lentamente hacia su vehículo, se dijo lo poco que iba a contar para la gente la muerte de John; porque, al paso del tiempo, ¿qué quedaría de él?

Nada: el vago recuerdo de un loco que dijo cosas extrañas en el tribunal y que consiguió, nadie sabría jamás cómo, trastocar la totalidad de la economía de un continente.

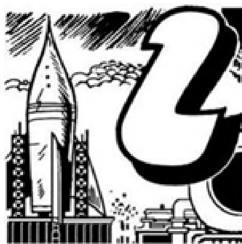
¿Cómo iba a pensar ella, aquella tarde, cuando se fijó curiosamente en John, al pasar por “Little Square”, que aquel muchacho iba a ser capaz de promover el mayor escándalo del siglo?

Le quería aún.

Porque su intuición de mujer no podía engañarle. Y, a pesar del aspecto sencillo y elemental del joven, estaba segura de que había un terrible misterio en John Bruker.

Sin embargo iba a morir…

CAPÍTULO VI



E habían encerrado en la celda de los condenados a muerte. Desde ella, a través de la amplia ventana, con gruesos barrotes, podía contemplar el patio en el que, aquella misma tarde, empezaron a montar el cadalso. Una flamante horca.

Sólo se aplicaba aquella pena, de tarde en tarde, a los criminales culpables de excepcionales delitos.

John encendió un cigarrillo.

Lo curioso es que no temía a la muerte. Y su falta de miedo no residía en una dosis de seguridad absurda, sino en la plena convicción de que jamás sería ejecutado.

Analizando sus pensamientos, se ponía furioso al no poder explicarse aquella seguridad que, no obstante le ocupaba plenamente.

La hora de la ejecución se había fijado a media noche.

El joven comió con apetito, fumando casi sin descanso. Los guardianes que pasaban ante la puerta de reja le contemplaban, sin comprender aquella tranquilidad, intrigados por la jovialidad del condenado que les sonreía con amabilidad.

También pensó en Bess.

Al hacerlo, experimentó una nueva sensación para él. Se daba cuenta ahora de lo que era el amor y por primera vez sentía la tristeza de no estar al lado de la muchacha, de tener, adivinaba que por bastante tiempo, que estar lejos de ella.

La llegada de la noche no dejó de excitarle un poco. Para aumentar su angustia los responsables de la prisión habían iluminado profusamente el patio y allí, siniestra, imponente se levantaba la horca con la soga preparada, que una brisa vespertina movía un poco.

¿Se salvaría?

No podía dudarlo y sin embargo, su parte “humana”, la que reaccionaba como la de todos los demás, empezaba a inquietarse seriamente.

Las once.

Se oían los pasos rítmicos de los guardianes que circulaban por

el pasillo y que eran como las campanadas de la cercana torre que, de vez en cuando, parecía complacerse en sonar las horas, los cuartos y las medias, desesperando cada vez más al prisionero.

Había empezado a inquietarse al llegar la noche y ahora, por primera vez se daba cuenta de lo que significaba hallarse completamente solo ante la muerte; sobre todo poseyendo la idea vaga de que estaba jugando un papel importante que, desdichadamente, no comprendía.

¡Si lo hubiera sabido!

Nada le habría importado, entonces, morir. Porque conociendo el precio de lo que debía pagar con su vida, ésta perdía valor a medida que lo otro lo ganaba.

Las once y media.

Treinta minutos más y vendrían a buscarle. Sentía ya que los guardianes se habían reunido, en conciliábulo, no lejos de la puerta, comentando, seguramente, el espectáculo al que iban a asistir.

Y fue entonces cuando oyó sus palabras, a pesar de la distancia. Le extrañó aquella acuidad inesperada de su oído. Y poco después, cuando se percató de que estaba leyendo sus pensamientos, una emoción nueva le ganó, presintiendo que el gran momento se estaba acercando.

¡El gran momento!

¿Cómo pudo darse cuenta de los poderes que penetraban en él? ¿Cómo pudo comprender, de repente todo lo que podía hacer con ellos?

Sintió que una poderosa fuerza entraba en su cerebro, que no sólo era capaz de leer los pensamientos de cuantos le rodeaban, lejos o cerca, sino que podía influir en ellos, ordenando lo que desease, ya que sería inmediatamente obedecido.

Sonrió.

Ahora le parecía estúpido el haber dudado; pero, en el fondo de su alma, donde ahora se desvanecía la angustia rápidamente, quedaba una especie de resquemor hacia los que esperaban siempre el último instante para convencerle de sus poderes.

¿Por qué?

Él era humano y experimentaba la misma ansiedad que cualquiera de los millones de hombres que poblaban la Tierra. Y si había sido elegido para hacer algo, para llevar a la práctica un colosal plan, ¿qué ganaban haciéndole estar en aquella absurda situación de ignorancia?

Las doce menos cuarto.

Sonaron, lúgubres como nunca, las campanadas de la torre; pero

John ya era otro y después de haber lanzado su cigarrillo, a medio consumir, se puso en pie, cerrando los ojos.

Luego, con toda la nueva fuerza de su mente, pensó:

“¡Venid a buscarme!”

Los pasos de los guardianes se acercaron, deteniéndose los cuatro ante la puerta.

John abrió los ojos, mirándolos.

—Abrid la puerta —ordenó.

Uno de ellos se adelantó, colocando en la fisura el bastoncito electrónico que desencadenó el mecanismo para abrir la puerta.

Una vez fuera, lo demás fue sencillo: escoltado por los guardianes e influyendo en las mentes de los que iba encontrando, las puertas se fueron abriendo ante él.

Hasta que se halló en la calle.

Una calle secundarla, pobremente iluminada, en uno de los barrios extremos de la ciudad. Se cerró la puerta de la prisión tras él. Y John siguió su camino, marchando por la desierta acera, alejándose de la prisión, ora iluminado por la luz de un farol, ora sumiéndose en la zona de sombra que había en los intervalos entre las luces.

Si alguien hubiera podido observarle, habría visto que su alta figura iba sufriendo transformaciones profundas, achicándose, encorvando, tornándose, de ágil y juvenil, en anciana y vacilante.

Se alejó hasta desaparecer, a lo lejos…

* * *

Bess penetró, procurando hacer el menor ruido posible, en el laboratorio, de modo que estaba ya junto a Lorenz cuando éste se volvió.

—¡Bess!

Había alegría en los ojos de él y lágrimas en los de la muchacha. Sin poderse contener, ésta se arrojó a sus brazos, cobijándose en el pecho del anciano que empezó a acariciarle los cabellos.

—¡No llores, pequeña! ¡No llores! Sabía que ibas a volver.

Ella se secó las lágrimas y separándose dulcemente del viejo le dijo:

—¿No ha presentado mi dimisión?

—Qué va… Cuando te fuiste, temí que cometieras un error. Luego, al seguir por televisión el proceso, la cámara, al reflejar el público que asistía me permitió verte un par de veces. También temí entonces, que exhibieses el documento que te llevaste de aquí. ¿Lo has traído?

Abriendo su bolso, ella se lo tendió.

—Mejor es así —dijo Lorenz—. Ya viste que no había nada que hacer —consultó su reloj—. Faltan sólo quince minutos...

Ella se llevó la mano a la boca.

—¡Cállese, por favor, profesor! ¡Tenga piedad y no diga nada del tiempo que falta!

La miró, con renovada curiosidad.

—¿Es que estás enamorada de ese hombre, Bess?

Ella asintió con la cabeza.

—¡Pero es imposible, criatura! —dijo el profesor—. No has podido...

—Ya lo sé —replicó la muchacha, con viveza—. Ya sé que una muchacha como yo, inteligente, miembro de un instituto como éste, doctora en psicología, no debe interesarse emotivamente por un pobre débil mental... sí, ya sé que todo eso es absurdo; pero ¿qué puedo hacer si ha ocurrido?

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—¡Naturalmente! Él es un pobre idiota —digamos las cosas como son—, ¿no es así?

—No te entiendo.

—Usted le ha oído por la TV; ¿cree que un débil mental podía contestar de la manera que él lo hizo?

—Verdad es que me sorprendió, no tengo más remedio que decirlo; pero, de todos modos, Bess, no debes olvidar que, a veces, los enfermos y los anormales tienen ráfagas de razón y raciocinio, que no pueden inducir a errar a gente como nosotros que conocemos esas raras frases.

—Puede que tenga usted razón, profesor; es decir, la tiene por completo; pero, de todos modos hay algo en John que no acabo de entender.

—Son tus propios sentimientos los que te velan la verdad, dando a la imagen de ese joven un relieve emocional que no posee.

—Es, seguramente, cierto...

Él se acercó, poniendo paternalmente una mano sobre el hombro de la muchacha.

—No debiste venir esta noche, pequeña. Necesitas descanso.

—No, profesor. No sólo he venido para devolverle el informe y rogarle que me deje seguir a su lado, sino que vengo a trabajar, a agotarme, para que estas horribles horas pasen más aprisa:

—Lo comprendo.

—¿Quiere ayudarme, profesor?

Lorena sonrió.

—¡Naturalmente, pequeña! Ven. Tengo unas fichas que hay que computar detalladamente. Tendrás que poner toda tu atención en el trabajo. Así no pensarás en otra cosa.

—¡Gracias!

La acompañó hacia su propio despacho, colocando ante ella los ficheros en los que debía trabajar. Después de explicarle, detenidamente, lo que debía hacer:

—Yo voy abajo, a la cantina, Bess. La verdad es que no he cenado aún. ¿Quieres que te suba algo?

—No, gracias.

—¿Un poco de café?

Ella arboló una sonrisa afable.

—Bueno, si insiste. Sí, un poco de café me mantendrá espabilada y podré poner más atención en mi trabajo.

—De acuerdo.

Salió el profesor, tomando el ascensor que llevaba a la cantina. No había quedado nadie allí y tuvo que pasar al otro lado del mostrador para prepararse la cena y el café para él y Bess.

Mientras el horno mecánico preparaba el menú que él había elegido, Walter se alejó del mostrador, sentándose ante el televisor, cuyos mandos maniobró, encendiéndose poco después la pantalla.

Eran las doce y cinco minutos.

“Ese joven —se dijo— debe haber muerto ya... ¡Pobre Bess!”

La imagen del locutor apareció poco después y su voz rompió el silencio que reinaba allí.

—“Señores... les hemos prometido noticias sobre la ejecución de John Bruker y esperamos, de un momento a otro, que nos comuniquen desde la prisión de la ciudad de Nueva York que la condena capital se ha cumplido...

“¡Un momento, señores! Las noticias acaban de llegar... ¿Eh?... ¡Asombroso, señores telespectadores! ¡Nos dicen que John ha conseguido escapar de una manera que nadie se explica aún...! La policía ha recibido órdenes de buscarle, con instrucciones de abatirlo donde lo encuentren...!

Walter no escuchó más.

Sin apagar el aparato corrió cuanto le permitían sus débiles y ancianas piernas llegando al ascensor que le dejó, instantes más tarde, en el piso de los laboratorios.

También corrió allí, llegando sin aliento, ante la mesa en la que la joven trabajaba.

Ésta, asombrada por el inaudito aspecto del sabio, se levantó, alarmada:

—¿Le ocurre algo profesor?

Lorenz hacía esfuerzos para hablar, pero sus necesidades respiratorias se lo impedían.

—¡Bess! —llamó, calmándose del esfuerzo que había realizado.

—¿Qué, profesor?

—¡La televisión!

—¿Qué?

—Acaban de decirlo en la televisión… ¡John ha conseguido huir!

Ella tuvo que apoyarse en la mesa, intensamente pálida.

—Sí —prosiguió el viejo—. Se ha escapado y nadie sabe cómo.

—¡Gracias, Dios mío! —exclamó ella, dejando esta vez que las lágrimas de gozo cayesen por sus mejillas arreboladas de alegría.

* * *

Aquel viejete parecía poseer una energía de un joven de veinte años.

Incansable, sin parar, iba de un lado para otro, dentro de la casa-colmena, hablando con unos y con otros, sin parecer que su repertorio pudiera terminarse jamás.

La gente le llamaba el “Visionario”.

Se reunía en los patios, en los corredores, en las terrazas. Y en cuanto tenía a su alrededor media docena de personas, no importaba cuáles, empezaba a hablar y hablar…

Y lo raro es que lo hacía de una manera tan clara que todo el mundo le entendía perfectamente:

Era como si sólo las verdades más puras saliesen de labios:

—Sois muchos millones, hermanos —decía—: millones y millones de hombres a los que la técnica y los robots han condenado a vivir a expensas del Estado, como zánganos inútiles en una colmena mal organizada.

“Antes, en otros tiempos, hace veinte años, los hombres trabajaban y ganaban su sustento, poniendo en ello un empeño que estaba en relación con su voluntad y sus deseos de vivir cada vez mejor…

“¿Qué ocurre ahora?

“El Estado os da de comer, tan poco como puede, os procura diversiones baratas, ocios falsos. Y os tiene aquí confinados, convertidos en seres sin destino, en hombres, mujeres y niños que vegetan, sin hacer nada, sin ningún objetivo.

“Vuestra vida es eso, hermanos míos: la nada desde el principio al fin. Sin objetivo, sin deseos, no sois más que unas pobres bestias reunidas en el corral barato de estas casas. Como vosotros, millones

de hermanos nuestros, en otras casas como éstas, viven de la misma manera, si lo que hacen puede llamarse vivir.

“Ahora, cuando la industria técnica se ha derrumbado, los James y los Dunkan quieren pedir ayuda a los europeos, olvidando, adrede, que hay millones de brazos dispuestos a hacer que todo renazca, pero no como hasta ahora, sino en un mundo en el que el hombre no sea despreciado por la máquina, desquiciado por ésta, dominado por su demoniaco poder.

“La dignidad humana se basa en la libertad y en el trabajo: al arrancároslo de golpe, los tecnócratas de nuestros tiempos os han reducido a cerdos humanos a parásitos que se alimentan de las sobras de la producción, de alimentos sintéticos, que van degenerando vuestra raza y que terminarán, como ellos desean, por hacerla desaparecer por completo.

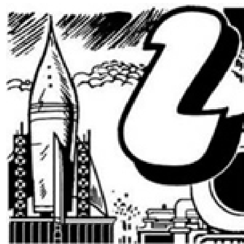
“Salid a la calle y reclamad vuestros derechos. Impedid que los robots europeos lleguen aquí para soldar, de nuevo, las cadenas con las que habéis venido a este mundo…”

Así hablaba el viejete.

Poco a poco, la efervescencia fue aumentando, hasta que la gente, los inútiles, como los demás empleados y técnicos, los llamaban salieron a las calles haciendo que los poderosos abriesen los ojos, asombrados de aquello que hubiese parecido increíble.

Se asaltaron depósitos donde se almacenaban los alimentos frescos y naturales destinados a las minorías selectas. Y el rugir de los Inútiles se dejó oír, por vez primera, en la ciudad que les destinó siempre una masa de cemento donde vivían como hormigas.

CAPÍTULO VII



ORENZ no la reñía. Comprendiendo perfectamente la impaciencia y el desasosiego de la muchacha, dejaba que se pasase las horas ante el televisor portátil que se había llevado al laboratorio.

Pendiente de las noticias,

Bess estaba pasando las peores horas de su vida temiendo que, en cualquier momento, los policías, que se habían lanzado en busca de John como una furiosa jauría de mastines, lo encontrasen, cumpliendo las draconianas órdenes que habían recibido.

"Las fuerzas policiacas prosiguen la búsqueda de John Bruker: la orden continúa siendo la de abatirlo donde sea hallado... El señor Jones ha prometido una prima de dos mil créditos al policía que consiga matar al traidor..."

Bess cerró el aparato.

—¡Canalla!

Y el profesor, con una expresión de tristeza en el rostro le dijo:

—Son los amos, pequeña... Quizá no te hayas dado cuenta hasta ahora, porque justo en este momento, sufres por una persona perseguida. Tu familia, por lo que sé de ella, pertenecía a la clase de los empleados y siempre viviste en medio de una cierta decencia, en zonas residenciales, quizá no tan elegantes como la tuya de ahora...

"Pero yo nací en una de esas casas-colmenas. Allí no hay esperanza para nadie. Sin escuelas, no haciendo nada en todo el día, los muchachos se pasan la vida en los espectáculos que tan "generosamente" les procura el Estado.

"Yo hice como ellos y sentado en una butaca, admiraba las películas en relieves, a todo color, con sensibilidad a los olores, con descargas emotivas que nos destrozaban los nervios... Cine, cine, cine... horas y horas hasta que el hambre nos empujaba fuera e íbamos a robar a las casas los paquetes de alimentos sintéticos que las mujeres habían recogido de la cooperativa.

"Golpes, peleas... hasta fabricábamos una bebida horrible, que volvió locos a algunos de mis compañeros... Luego, por uno de esos azares de la vida, un "helicoche", en el que iba la hija de un personaje importante, cayó una noche sobre la terraza, quedando

peligrosamente colgada en una esquina.

“Vinieron los helibomberos, pero nada pudieron hacer y fui yo, un chiquillo de once años, quien, a riesgo de mi vida, subí a rescatar a aquella criatura caprichosa y que pertenecía a otro mundo.

“Su padre me hizo llamar y me preguntó qué deseaba como recompensa. ¿Qué fue lo que me empujó a decirle que quería estudiar? Aún no lo sé. Lo cierto es que fui arrancado de mi hogar y enviado a un colegio, luego a una academia y finalmente a una universidad.

“Pero jamás he podido olvidar lo que significa la colmena”.

—¿Volvió a ver a sus padres?

—No. Ya conoces las leyes. Yo no podía mantener relación con los Inútiles.

—Es cierto.

—Nunca más supe nada de ellos, ni de mis hermanos, ya que éramos siete de familia… Por eso, pequeña, cuando pienso que el castigo que puede aplicársenos es el de volver a la Colmena, me estremezco. Porque no he conseguido borrar de mi imaginación aquel infierno…

—¿Existió siempre la Colmena?

—No. Aunque su origen se remonta bastante lejos. El nacimiento de la industrialización, en el siglo XIX empezó a crear barrios especiales, en los que los obreros se hacinaban; luego, más tarde, las máquinas empezaron a adueñarse del trabajo y el número de Inútiles empezó a crecer…

“Pero la verdadera Colmena es un producto del Segundo Milenio. Es en el alba del siglo XXI cuando los robots y los mecanismos más variados y completos irrumpen definitivamente, realizando un trabajo mucho más barato que el que antes hacía el hombre.

“A partir de este momento, la nueva diosa de los poderosos, la Contabilidad, les demuestra que es mucho más barato mantener unos cuantos millones de hombres, alimentándolos con residuos de las grandes fabricaciones, que ocuparles y pagarles un salario que haría subir los precios de los productos.

—¿Y el mercado?

—El desarrollo del Viejo Continente, sobre todo África y Asia, han constituido los mercados maravillosos que la técnica europea y, sobre todo, la americana, deseaban. Esas razas, que aman vivir bien, no quieren trabajar y prefieren pagarlo todo.

—Así nació la Colmena, pequeña: un producto de los cálculos de

las grandes empresas.

—¿Y no podían haber llegado al genocidio como solución más cómoda?

—No. Porque, después de todo, son los Inútiles los que van proporcionando, de vez en cuando, los elementos renovadores de las clases directores. Mi ejemplo, Bess, no es el único. Y hay muchos, muchísimos descendientes de Inútiles que, por una causa u otra, son sacados de la Colmena para llenar un hueco en el otro mundo, que de otra manera les sería eternamente inaccesible.

—Comprendo.

Hubo un largo silencio.

La noche empezaba a caer y hacía ya muchísimas horas que Bess estaba en el laboratorio.

Comprendiéndolo, Lorenz le dijo:

—¿Por qué no vas a casa a descansar, pequeña?

Ella le sonrió.

—Sí. Eso es lo que voy a hacer, profesor...

—Pero prométeme no pasarte la noche ante el televisor.

—Lo prometo.

Momentos más tarde, Bess, en su vehículo volador, se dirigía hacia la zona residencial. Desde el aire, hacia el este, pudo ver las luces de la Colmena.

Y recordando lo que le había dicho el profesor, se estremeció, pensando que John había vivido allí, quizá con el deseo de que todos aquellos desdichados volviesen a ser hombres.

Posó el “helicoche” en la amplia terraza de su apartamento, dejando el aparato allí para dirigirse a la puerta, que abrió, encendiendo las luces y experimentando la alegría de volver a encontrarse en su hogar.

Atravesó el vestíbulo y al pasar al “living” se detuvo en la puerta, con una expresión de sorpresa en el rostro.

Porque allí, sentado en uno de los sofás fisiológicos, con un cigarrillo entre los labios, había un hombre.

Era un viejo, con las espaldas encorvadas y los cabellos completamente blancos. Pero había una luz intensa en sus hermosos ojos azules.

—Buenas noches, señorita Lukman —dijo.

Su voz era agradable y armónica.

Ella no se movió.

—¿Quién es usted? —inquirió, después de una pausa bastante prolongada.

—Un amigo.

—No le conozco.
—Un buen amigo de John.
Aquellas palabras hicieron cambiar la actitud de la joven, cuyo rostro perdió la seriedad que mostraba, esbozando una sonrisa.
Había ansiedad en su voz cuando preguntó:
—¿Está bien?
—Perfectamente.
—¿Escondido?
—Sí.
—¿No ha salido de la ciudad?
—No.
Hubo una nueva pausa.
—¿No podría... verlo? —insinuó ella.
—Pronto. Ahora es imposible.
—Entonces ¿le ha enviado a usted para que me tranquilizase?
—Así es. John quería que usted no sufriese y me ha recordado que ya le dijo que no iba a morir, que jamás podría ser ejecutado.
—¡Fue maravilloso! ¿Cómo lo consiguió?
—No me lo ha dicho.
—No importa. Lo que interesa es que esté a salvo y escape de los que le buscan. Aunque será muy difícil.
—¿Usted cree?
Miró al viejo con una renovada curiosidad.
—Usted tiene mucha fe en John —dijo—. ¿Es usted amigo suyo?
—Sí.
—Nunca me dijo que tuviese amigos.
El viejete sonrió.
—John es un muchacho muy raro.
—Lo sé. Y justamente que ahora tengo la suerte de encontrarme ante un amigo, el primero suyo que conozco, desearía saber algunas cosas más de John.
—En verdad —repuso el anciano—, yo mismo sé muy poquito de ese muchacho.
—¿Por qué obra así? ¿Por qué parece, a veces, inteligente, cuando no lo es en realidad?
—¿Qué le hace pensar que no lo sea?
—Estoy segura de ello.
—¿Por qué?
Ella le contó entonces cómo lo había llevado al instituto y los análisis psicológicos a los que le había sometido.
El viejete frunció el entrecejo.
—Obró usted mal con John —dijo—. Debía haberle dicho la

verdad; él nunca ha mentido.

—Ya lo sé, pero no tenía más remedio. Temía ofenderle al decir que deseaba estar segura de su índice mental.

—¿Era… bajo?

—Total: un caso claro de Idiocia.

—Comprendo

El viejete se había puesto en pie.

—Bueno, señorita. He de irme. Pero antes quiero decirle una cosa: un ruego de John.

—¿Qué desea?

La miró, sonriente.

—¿Le ama usted?

Ella entornó los ojos, ruborizándose.

—Sí, le quiero, aunque pueda parecerle a usted absurdo, loco, ilógico.

—A mí no me parece nada de eso.

Hubo un nuevo silencio.

—¿Qué quería decirme usted antes? —preguntó Bess.

—¡Ah, sí! John le ruega que haga lo imposible por estar en Berlín dentro de unas semanas.

—¿Eh?

—Lo que oye. Le suplica que siga sus instrucciones y que vaya, junto a las personas que quiera de verdad, a Berlín. Se alojarán en el hotel Palace, esperando allí.

—¿Esperando?

—Sí.

Ella abrió los ojos, asombrada.

—¿El qué?

—No lo sé; ya conoce a John y sabe, como yo, que no habla nunca demasiado.

—Pero ¿está seguro de que John le ha dicho que vaya a Berlín?

—Completamente seguro; como también me ha dicho que la espera.

—¿Y eso de las personas queridas?

—Quiere decir que si tiene alguien a quien estime usted de verdad, debe llevarle también a Berlín.

—Naturalmente ignorará usted también el motivo de esta última decisión.

—Desde luego: lo ignoro. No hago más que repetir sus palabras.

—¿Fue él quien le dio mi dirección?

—Sí.

—Y usted ¿irá también a Berlín?

—Seguramente. No olvide reservar sus habitaciones en el Palace, con su verdadero nombre. Adiós, señorita: encantado de haberla conocido. Es usted tan hermosa e inteligente como me dijo John.

—Gracias.

Ella, cuando el viejete hubo desaparecido, se quedó en pie junto a la puerta, meditando sobre lo que acababa de oír, sin llegar a poder explicarse absolutamente nada.

Todo lo que sucedía era muy extraño.

Nunca le había hablado John de aquel amigo; pero, en realidad, ¡le había dicho tan poco...! John seguía siendo un insondable misterio para ella. La presencia del viejo le había puesto nerviosa y sin ganas de echarse, se sentó, se sirvió una bebida suave y encendió, mecánicamente, sin saber lo que hacía, la televisión.

Hubo primero un programa en relieve de curiosidades de Australia, que le agradó bastante, proporcionándole un buen rato.

Pero Bess estaba preocupada.

Después la imagen del locutor apareció en la pantalla.

El hombre anunció:

—Vamos a darles las últimas noticias locales. La policía prosigue la búsqueda de John Bruker. El comisario central dice que no pasará mucho tiempo sin que el criminal haya sido muerto por los hombres que lo buscan por todas partes. Puertos, espaciódromos y rampas de cohetes intercontinentales son incesantemente vigilados: John no tiene escapatoria...

”Otra noticia: se sabe que un hombre, de cierta edad, con cabellos blancos, recorre las casas-colmena, soliviantando a los Inútiles, empujándolos a realizar algunos delitos que han sido cortados de raíz. La policía se interesa por ese hombre y agradecerá toda información que facilite la captura de ese insensato agitador...

”El señor Lucien Dunkan, que ha sido quien nos ha procurado esta primera información, cosa que le agradecemos, ha ofrecido una prima de cinco mil créditos a quien dé detalles que faciliten la detención de ese anciano que...”

Bess cerró el aparato.

Estaba pálida.

Porque ahora empezaba a ver ciertas cosas en todo aquel misterio. No cabía la menor duda de que John y su amigo pertenecían a una organización secreta que quería echar por tierra el dominio despótico de los James y los Dunkan.

¡Nunca lo lograrían!

¿Qué podían hacer un joven débil mental y un pobre anciano que apenas si podía tenerse en pie?

* * *

Lorenz movió la cabeza, de un lado para otro, paseando por el laboratorio como un león enjaulado.

—¡Pero, Bess; por favor…! ¡Todo eso es una locura!

—Hágame caso, profesor.

—Pero…

—Sí, ya sé que todo lo que viene de John tiene "olor" de locura, de anormalidad, pero el viejete me dijo que me llevase a las personas a las que quisiera de veras…

Se volvió el sabio, sonriéndole,

—Eres muy buena; pequeña. Ya sé que me quieres y puedes estar segura de la recíproca.

Bess preguntó:

—¿Entonces?

—No sé, no sé… Irnos ahora no tiene ninguna justificación ante nuestros superiores…

Ella sugirió:

—¡Pidamos vacaciones!

—Faltan dos meses para la fecha prevista.

—Podemos adelantarlas. Nadie dirá nada ni se extrañará de nada.

El profesor exclamó:

—¿Si al menos supiésemos por qué hemos de ir a Berlín!

—Yo también desearía saberlo, profesor.

—¡Es imposible! Nos estamos dejando llevar por unos acontecimientos extraños, por las sugerencias de un…

—No lo diga, profesor.

Se acercó a ella.

—Perdona, pequeña.

Bess dijo:

—No es nada; pero, a pesar de todo, tengo fe en él.

—¡No puedes negarlo!

Ella sonrió.

Y acercándose al viejo profesor le puso las manos sobre los hombros, obligándole a que le mirase a los ojos.

—¿Entonces…? —inquirió, con una mueca deliciosa.

Vencido, Lorenz suspiró profundamente.

—De acuerdo: saldremos esta misma semana.

—¡Gracias, profesor!

Y le besó locamente bailando a su alrededor.

—¡Quieta, quieta, pequeña! —suplicaba el sabio, hondamente conmovido por las sinceras expresiones de cariño que ella

manifestaba.

CAPÍTULO VIII



L astrocohete intercontinental les dejó, en menos de veinte minutos, en la pista de llegada de Berlín-Centro.

Un “helicoche”, de corte indudablemente europeo, les posó, blandamente, en la terraza del “Palace”.

Después de visitar sus habitaciones, Bess y el profesor se reunieron en una de las terrazas comunes, contemplando la ciudad desde la impresionante altura del edificio.

—¿Sabes, pequeña, que con el dinero que nos queda no hay más que para cinco días de estancia aquí, sin permitirnos ningún extraordinario?

—Me lo imaginaba,

—¿Y si John no da señales de vida?

—¡Vendrá!

El sabio sonrió.

—Me gustaría poder tener esa fe que tú tienes, pequeña; pero ya sé que sólo los que aman de veras pueden confiar de esa forma.

—¡No me obligue a ruborizarme, profesor!

—Bueno, perdona.

Ella suspiró.

—¡Soy muy feliz! Es raro, siempre se habló de la intuición femenina y sólo al estudiar en el Instituto pude darme cuenta de toda la verdad que encerraban las antiguas ideas sobre este punto.

—Es verdad; ahora ya sabemos el porqué de esa intuición ligada al sexo.

—Sí, pero explicada o no, la intuición femenina es un hecho indiscutible. Y a eso voy…

—¿Qué quieres decir?

—Que mi confianza en John nace de eso mismo, profesor: intuyo cosas que apenas me atrevo a pensar.

—¿Cuáles?

—No sé si podré explicarme, pero es algo como si estuviese segura de que John está muy por encima de los demás hombres y que su debilidad mental no ha debido ser más que un accidente casual.

Lorenz frunció el entrecejo.

—¿Has visto a algún "oligofrénico" que se haya recuperado, Bess?[2]

Ella bajó la cabeza.

El profesor tenía razón.

Guardaron silencio y fue cuando estando así, sentados el uno ante el otro, que les sorprendió uno de los camareros del hotel.

—¿Señorita Lukman?

—Sí.

—Acaban de dar un recado en la recepción, rogándole que vaya, con su acompañante, al Instituto de Estudios de Servomecanismos y pregunte allí por el profesor Humllel.

—Bien. Muchas gracias.

—¿Conoce usted a algún profesor Humllel? —preguntóle Bess al profesor cuando el camarero hubo desaparecido.

—No —repuso el sabio—. ¿Y tú?

—Tampoco.

—No me gusta nada toda esta clase de misterio, Bess: desde que me hablaste de aquel viejete y oí después las noticias en la televisión, no he dejado de pensar en todo esto y he llegado, por desgracia, a una conclusión nada agradable.

—¿Cuál, profesor?

—Que nos estamos metiendo en un grupo de agitadores y que acabaremos muy mal.

—En lo primero también pensé yo.

—¿Y no te das cuenta, pequeña, que siempre hubo agitadores y conspiradores que terminaron, sin excepción, en el patíbulo?

—John no puede ser de ésos.

El otro se encogió de hombros.

—¿Vamos? —inquirió.

—Bueno.

No tardaron mucho en encontrarse ante el magnífico edificio del "IES". Y poco después, tras haber hablado con el portero uniformado, un empleado les condujo a un despacho donde un hombre alto, fuerte, rubio, con los cabellos completamente cortados, les recibió con una sonrisa en los labios.

—¡Buenos días! ¡Tengan la amabilidad de sentarse! ¡Encantado de conocerles!

Obedecieron.

—Yo soy Karl Humllel.

Y después de una pausa, tras haber ofrecido un cigarrillo a sus visitantes, miró a Bess y comentó:

—John me ha hablado mucho de usted.

—¿Está en Berlín?

—Sí.

La muchacha sonrió, sintiéndose profundamente dichosa.

—¡Gracias a Dios! —exclamó.

—Ese hombre es un verdadero demonio. ¿Cómo ha podido salir de América, cuando todas las salidas estaban vigiladas? —dijo el profesor.

El germano sonrió.

—John es un muchacho extraño —dijo.

—¡De eso no tengo la menor duda, señor! —replicó el profesor —. Además, desde que le conocí, el epíteto que mejor le cae es raro.

—¿Es que podremos verle, señor Humllel? —preguntó Bess.

—Muy pronto, señorita; por el momento, lamentándolo mucho, es imposible.

—Lo imposible va a ser que permanezcamos mucho tiempo en Berlín, colega —dijo Lorenz, con un tono de voz decidido.

Karl hizo que su sonrisa pareciese más resplandeciente.

—¡Qué estúpido soy! La verdad es que John me dio instrucciones concretas y no me acordaba en este momento...

—¿Qué clase de instrucciones?

—Muy sencillas, profesor Lorenz: me dijo que su cuenta en el Palace debe ser abonada por mí, entregándoles, además, para gastos, cien mil créditos.

Profesor y alumna se miraron.

—No podemos admitir eso, señor mío. Tenemos poco dinero, es verdad; pero nos basta para el poco tiempo que pensamos permanecer aquí: el trabajo, en Nueva York, nos reclama —dijo Walter.

—No corre prisa.

—¡Ésa es su opinión, siempre respetable, querido colega; pero creo que debemos ser nosotros los que decidamos.

—Desde luego. No obstante, desearía proporcionarles algunas informaciones.

—¿De qué se trata?

—Hace una hora que hemos logrado comunicarnos con el continente americano.

—¿Eh?

—Lo que oye. Ningún mensaje ha llegado de allí y no hemos podido enviar ninguno hacia allá. Hay condiciones especiales en la atmósfera por aquella parte de la Tierra.

—¡Pero si hace dos horas que salimos de Nueva York!

—Lo supongo; pero ahora, aunque lo deseen, no podrían volver.

Lorenz se había puesto pálido.

—¿Se sabe lo que ocurre, señor?

—No. Ya le he dicho que no podemos comunicarnos; por otra parte, los supercohetes que se han enviado para adivinar lo que ocurría han regresado sin poder llegar hasta América.

—¿Por qué causa?

—Dicen que han tropezado con una especie de muro electrónico, que les impidió avanzar: se quedaron parados en el aire, viéndose obligados a regresar enseguida.

Bess estaba perpleja. Recordaba lo que el alemán había dicho momentos antes.

—Usted dijo que John le había dado instrucciones, señor.

—Exacto, señorita.

Ella le miró, fijamente.

—¿Es que no conoce usted las... características mentales de John, señor Humllel?

—Hace mucho tiempo que le conozco, señorita...

—¿Entonces?

—Es un poco raro: eso es todo.

—¿Raro? ¿Aplica usted ese nombre a la oligofrenia?

—No creo que sea ésa la naturaleza de nuestro amigo.

Ella suspiró.

—¡La que terminará volviéndose loca seré yo! ¡De eso no hay la menor duda!

El germano sonrió.

—Nadie se volverá loco.

—¿Puedo saber en qué se ocupa usted, profesor? —preguntó Lorenz.

—¡Naturalmente, mi querido colega! Soy el director de esta organización... desde hace unos pocos días.

—¿Cómo puede ser posible?

—Muy sencillamente —replicó el otro—: gracias a un descubrimiento que he hecho, modificando la estructura de la red electrónica de los robots, de forma a perfeccionarlos tanto o más de lo que estaban los americanos.

—Entiendo.

—Verdad —dijo el alemán, sonriente— que me he hecho famoso en poquísimo tiempo; pero la vida suele reservarnos sorpresas como ésta.

—Es cierto.

—¡Bueno! Creo que ahora no se negarán a admitir la pequeña

suma que John me ha ordenado entregarles.

No tuvieron más remedio que aceptar.

—Desde luego —precisó Lorenz, muy digno—, prometemos devolver esta cantidad en el momento en que nos sea posible regresar a nuestro país.

—Naturalmente.

Y mirando a Bess le inquirió:

—¿Aceptaría usted una invitación para cenar esta noche conmigo, señorita?

—¿Es también una orden de John?

—¡Oh, no! —dijo el otro, ruborizándose.

—Entonces acepto con mucho gusto.

—¡Muchísimas gracias! Pasaré a recogerla a las nueve por el hotel.

—Perfectamente,

* * *

—Sí.

—Hay un coche que le espera usted a la puerta.

—Muchas gracias; enseguida voy.

Colgó, volviéndose al profesor.

—¿Qué hora es? —inquirió.

—Las nueve, pequeña; el profesor es puntual.

—Desde luego.

—¿No me guardará rencor si le dejo aquí esta noche, profesor?

—¡No digas eso! Deseo, ésa es la verdad, estar un poco solo, reflexionar, dejar que las ideas se posen… ¿entiendes?

—Sí.

Se acercó a él y le besó en la mejilla.

—Hasta luego, profesor.

—Hasta luego… y no olvides a John.

Ella, que ya iba hacia la puerta, se volvió.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que Karl Humllel es un hombre apuesto, inteligente, despierto, muy amable… y nada raro.

Bess lanzó una carcajada.

—¡Qué malo es usted, profesor! Creí que no era tan malicioso, de veras. Pero no tema, John está aquí, en mi corazón y ningún Karl podrá desalojarlo.

—Así lo deseo, puesto que tú también lo quieres. Adiós, pequeña.

—¡Adiós!

El ascensor la dejó en la planta baja y un empleado la llevó

hasta el coche, donde no había más que un chófer uniformado.

Ella se detuvo ante la portezuela abierta.

—Perdone, señorita; Herr Humllel estaba terminando una reunión importante y le ruega venga conmigo al restaurante, donde ya estará él esperándola —dijo el chófer.

—Bien.

El vehículo, ciertamente lujoso, la condujo hasta uno de los locales más elegantes de la ciudad: el Delikatessen.

—Mesa 404, señorita —dijo el chófer abriendo la puerta.

—Gracias.

El ambiente era maravilloso y Bess respiró profundamente, anunciando la mesa al “maître”, que la condujo a través de las otras, en el inmenso salón, profusamente iluminado.

Se contuvo por verdadero milagro.

Y dejando que el “maître” le ayudase a sentarse, permaneció silenciosa hasta que el uniformado individuo se alejase.

—¡John! ¡John! —llamó sin poder contenerse.

Porque era él quien estaba sentado frente a ella, sonriente.

—¿Sorprendida?

—¡Mucho! ¿Cómo es posible que hayas venido aquí, donde alguien puede reconocerte?

—No temas. ¿Contenta?

—¡Infinitamente! ¡Jamás hubiera imaginado una cosa así!

Interrumpió la charla la llegada del camarero y sólo después, cuando tornaron a quedarse solos, ella le dijo:

—Te encuentro diferente, John.

—¿De veras?

Ella le miraba, sin cansarse.

—Sí. Pareces distinto, otro hombre...

—Es muy posible.

Comieron, casi sin hablar nada.

—¿Por qué no me dices la verdad, John? —inquirió Bess.

Él pasó la mano sobre el mantel blanco, posándola sobre la de la joven.

—¿Qué quieres saber?

—¿Quién eres?

Hubo un largo silencio.

Se miraron los dos y ella, por primera vez, sorprendió un brillo intensísimo en los ojos de él.

—Quisiera decírtelo, psicóloga mía; pero la verdad es que aún no puedo hacerlo.

—Pero... ahora no pareces el de antes: hablas con soltura y no

sé... no me pareces el mismo.

—¿No te ha dicho todo el mundo que John es muy raro?

—Sí, pero para mí no debes serlo. ¿No te das cuenta de que ya no puedo más y que si todo sigue así voy a perder la razón?

Sonrió él, apretando con más fuerza la mano de la joven.

—¡Un poco de paciencia, cariño! ¡Sólo un poco! Piensa, por el momento, como antes, cuando me conociste en “Little Square”...

—¿Qué quieres decir?

—Que veas a John como aquel débil mental, como un hombre que no coordina, que no puede darte ninguna explicación porque su coeficiente mental es muy pequeño... como el de un niño de ocho años.

El asombro se pintó en los ojos de ella, inmensamente abiertos.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Entonces...? Pero es imposible. ¡Los aparatos del Instituto no pueden equivocarse!

—Naturalmente.

—¿Qué clase de hombre eres, John? ¿Quién eres, en realidad? ¿Eres... humano?

Notó que él palidecía.

—Querida... yo sí que sé quién eres tú y todo lo que significas para mí.

—¡No has contestado a mis preguntas!

—No puedo ahora. Bess; de verdad.

Ella soltó su mano, desasiéndose de las caricias de él.

—¡Está bien, John! Puesto que ahora que puedes no quieres decirme nada y prefieres que siga viviendo en la incertidumbre... ¡me es igual! Todo ha terminado entre nosotros... —dijo Bess, poniéndose en pie.

—Querida...

—¡No me llames así!

—Pero...

—¡Todo ha terminado entre nosotros, John Bruker! No puedo consentir que me engañes más... Si no quieres decirme la verdad, ¡allá tú y tus misterios!

—Por favor...

—¡Lástima que no pueda volver ahora mismo a América!

—No te preocupes: dentro de tres días podrás regresar, ya que todo habrá terminado.

—¿Terminado? ¿El qué? ¡Me das miedo!

—Tú no debes nunca tener miedo de mí... del pobre John. ¡Nunca!

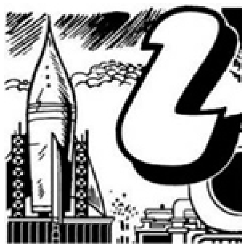
—¡Explícate entonces!

—No puedo.

—Entonces… ¡adiós para siempre.

John la siguió con la mirada. Estaba triste y una especie de escalofrío le recorrió el cuerpo.

CAPÍTULO IX



ORENZ terminó de encender el habano.

—¿Estás segura de que te dijo tres días? —preguntó volviéndose hacia Bess.

Ella estaba sentada junto a la ventana, mirando melancólicamente hacia la avenida que se extendía a sus pies.

—Sí —repuso, sin volverse—. Me dijo que tres días. Eso es lo que me dijo.

El profesor comentó:

—Pues hoy es el tercero.

Bess se encogió de hombros.

Desde que había estado con John, las cosas habían cambiado de modo de ser y ya no significaban, ni muchísimo menos, lo de antes.

El profesor se acercó a ella.

—Tengo ganas de volver allá, Bess. Perdona mi egoísmo, pero no quiero ser hipócrita.

Había colocado una mano sobre el hombro de la muchacha y ésta acercó la mejilla a aquella piel rugosa.

—Yo también, profesor.

—¿Es cierto?

—Sí.

—Entonces ¿lo de John y tú…?

—Era imposible; desde un principio, si yo hubiera sido un poquitín lógica, me hubiera dado cuenta de que pretendía un absurdo.

—¿Por su debilidad mental?

—O por su superioridad mental: nunca sabremos la verdad.

—Puede que tengas razón.

Fue en aquel momento cuando llamaron a la puerta.

Lorenz fue a abrir, sonriendo al ver la simpática figura de Karl.

—¡Buenos días, profesor!

—¡Hola, estimado colega! ¿Cómo va eso?

Karl preguntó:

—¿Y la señorita?

—Está junto a la ventana. ¡Eh, Bess, tenemos visita! Un amigo.

Bess abandonó la butaca, yendo hacia el “living”, donde Karl le estrechó la mano.

—¡Buenos días, señorita!

—Buenos días.

—He venido a comunicarles buenas nuevas a los dos.

El profesor pestañeó, interesado.

—¿Sí?

—Sí. Hay un estracohete que les espera para regresar a América.

—¿Oyes eso, Bess? —exclamó Lorenz—. ¡Volver a casa! ¡Gracias a Dios! Creí que nunca llegaría el momento.

La joven le miró, sonriendo.

—¿No se lo dije el otro día, profesor?

—¡Es verdad! ¿Cómo pudo olvidárseme? Él dijo que al tercer día y hoy hace, exactamente, tres.

—Naturalmente —repuso ella, con una mueca—. John es muy raro, muy extraño, pero no se equivoca nunca...

Karl frunció el entrecejo.

—Parece usted ofendida, Bess. O enfadada.

—No con usted, amigo mío... aunque no me gusta que me engañen, citándome para luego...

—Usted sabrá perdonarme; John me lo rogó con tanta insistencia que yo no pude hacer otra cosa.

—Está usted perdonado.

—¿Es de veras que podemos volver? —preguntó el profesor, interviniendo, ansioso.

—Sí.

—¿Se sabe lo que ha ocurrido en América?

—No se sabe casi nada, pero la situación se ha normalizado por completo y pueden ustedes regresar cuando quieran.

—¡Inmediatamente! —exclamó, alborozado, el profesor Lorenz.

—¿Y usted? —inquirió Humllel.

—Yo también —repuso la joven—. Creí, al llegar aquí, encontrar lo que andaba buscando; pero no han salido las cosas como yo deseaba.

—Nunca hay que perder la esperanza.

Ella sonrió.

—No se preocupe, señor Humllel. Todo irá bien. Hay mucho trabajo que hacer en mi país y pienso consagrarme a ello con toda la intensidad de mi alma.

—Hará usted muy bien.

—¿Van a preparar sus equipajes?

—Cinco minutos.

—Les esperaré abajo.

—Bien.

Salió Karl y la muchacha permaneció erguida, en silencio.

El profesor, que ya había empezado a recoger sus cosas, se volvió, mirándola, durante algunos instantes.

—¿Quieres que nos quedemos, pequeña?

Ella se sobresaltó, como si la voz de Lorenz la hubiera arrancado de lo más hondo de sus pensamientos.

—¿Quedarnos? ¡Qué tontería! —dijo sonriendo.

Y corrió a su habitación, dejando oír, poco después, el ruido de su ir y venir, abriendo cajones y armarios.

Más tarde, ya en el ascensor, Lorenz puso la mano sobre el brazo de la joven.

—No debes preocuparte tanto, Bess. Todo se arreglará.

—Gracias, profesor.

Karl, que les esperaba en el vestíbulo, les llevó a su "helicoche", que les trasladó al campo, donde había un solo aparato dispuesto, un biplaza especial. Estrechó la mano del sabio.

—Adiós, Bess —saludó volviéndose hacia la joven.

—Adiós, amigo.

—¿Quiere algo para John?

Ella se mordió los labios, permaneciendo unos instantes en silencio.

—Sí —dijo con decisión—. Dígale que le recordaré siempre y que le deseo mucha suerte, muchísima...

Y subió por la pasarela, intentando ocultar, vanamente, los sollozos que la estremecían de pies a cabeza.

—¡Pobre muchacha! —exclamó el profesor, sinceramente conmovido por la escena.

Karl asintió.

—Es una excelente muchacha y merece otra suerte.

—Tiene usted razón.

—¡En fin, esperemos que un día se arregle todo!

—Ésa es mi esperanza.

Volvieron a estrecharse la mano.

—Adiós, señor Karl.

—Hasta nunca, profesor.

—¿Cómo? ¿Hasta nunca?

El otro sonrió.

—Nunca más nos veremos, señor. He tenido mucho gusto en haberle conocido.

Lorenz se quedó mirando al alto joven que se alejaba ahora.

Tristemente subió por la pasarela.

Se sentía más cansado y más viejo que nunca

* * *

¡América!

Lorenz sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas cuando el estracohete se inclinó, dejando ver la mancha de la tierra hacia la que se precipitaba ya a una velocidad formidable.

Tenía el rostro pegado al “plexi” que cubría su ventanilla y la emoción se despertó, muy honda, a medida que la geografía de su amado país se definía, cada vez más concretamente, bajo sus ojos.

Por último, los enormes edificios de la monstruosa ciudad de Nueva York aparecieron en el campo visual, siendo sustituidos, casi de inmediato, por las pistas del campo.

Se posaron, blandamente.

Un vehículo se acercó al cohete mientras la pasarela descendía. Y cuando Walter y Bess bajaron por ella, media docena de hombres les esperaban en su final.

Uno de ellos se les acercó, tendiendo la mano a Walter.

—¡Bien venido, profesor Lorenz! ¡Bien venida, señorita Lukman!

—¿Nos esperaban?

—Sí. Tengan la amabilidad de seguirnos.

El coche entró, poco después, en el borde de la pista, en las entrañas metálicas de un “helicargo”, que lo posó, momentos más tarde, sobre la terraza del Instituto.

—Señor director… —dijo el hombre que había hablado hasta entonces.

—¿Eh? —se alarmó Walter.

—Sí. Es usted el nuevo director del Instituto. El Estado Panamericano destina cien millones de créditos, por el momento, a los gastos de investigación, estando dispuesto, en cuanto usted lo crea necesario, a aumentar esa cantidad.

—Pero…

El hombre se volvió hacia Bess.

—Y usted, señorita Lukman, permita que la felicite, ya que es usted la secretarla del director y su principal colaborador.

—No… comprendo.

—Ya irán entendiendo. Es decir, pueden empezar ahora mismo. ¿Tienen la amabilidad de contemplar la ciudad desde aquí?

Lo hicieron.

Y fue Bess, que no podía evitar el mirar hacia “donde ella sabía”, la que exclamó:

—¡Las colmenas! ¡Han desaparecido!

El hombre sonrió.

—¡Buena, vista, señorita! En efecto: las colmenas han sido borradas para siempre de todas las ciudades del continente americano.

—Entonces —dijo el profesor—, ¿qué ha ocurrido aquí?

—Un proceso de transformación completa. Y ahora, antes de irme, dejen que me presente: soy el presidente de los Estados Unidos de Panamérica. Y estos señores constituyen mi gobierno.

El sabio y la muchacha se miraron.

Y después, cuando el grupo desapareció, con el "helicargo". Lorenz dijo:

—Dónde hemos ido a parar, pequeña? ¿No nos habremos metido en un manicomio colectivo?

—No sé.

—¡Imagínate! El presidente y su gobierno han venido a recibirnos...

—Todo esto es muy extraño.

—Desde luego.

Penetraron en el edificio, siendo saludados y rendidos por todos, comprobando fácilmente que los nuevos cargos eran verídicos.

Pero ahí no terminaron las sorpresas.

El Instituto había sido completamente renovado y había mucha gente nueva que ni el profesor ni Bess habían visto jamás.

Después de recorrer todas las dependencias, maravillándose ante las innovaciones que encontraron, se dirigieron al laboratorio donde habían trabajado juntos.

—¡No entiendo nada! —exclamó Lorenz, dejándose caer en un sillón.

—Yo tampoco. Pero es posible que terminen por explicarse.

—Eso espero.

Poco después, ganados por el ansia de volver a trabajar, empezaron a repasar los archivos, encantándoles poder mirar de nuevo las fichas y preparar un poco de labor.

A coger el expediente de John, Bess no pudo contener una sensación de tristeza; pero, dominándose, volvió a guardarlo en su lugar.

Era casi mediodía cuando uno de los empleados, después de pedir permiso, penetró en el laboratorio.

—Se ha recibido un aviso por visófono, señor —dijo, deteniéndose ante el profesor.

—¿Quién llama?

—Del Instituto de Astrofísica: quieren verle allí.

—¿Quién?

—La comunicación ha llegado a través del Gobierno, señor. También le ruegan que lleve a la señorita.

—Bien.

—¡Oiga! —dijo Bess, adelantándose, sin mirar al profesor.

El otro, que ya se iba, se volvió hacia ella.

—¿Qué desea?

—Querría enviar un telegrama al señor Karl Humllel, en Berlín.

—Creo que no será posible.

—¿Por qué?

—La comunicación con Europa está interrumpida: no sabemos lo que pasa allí.

—Muchas gracias.

Lorenz no dijo nada a la muchacha, ni allí ni durante el camino. Una vez en el Instituto de Física, su director, un hombre al que Walter conocía vagamente, les recibió con muchísima amabilidad.

—Hagan el favor de pasar.

Penetraron en el despacho y el director del Instituto, Lewis Ponter, después de ofrecerles un cigarrillo, les dijo, siempre sonriente.

—No soy yo quien desea verles.

—¿Entonces?

—Un momento.

Llamó por el interfono y poco después entraba un nombre, con bata blanca, llevando una esfera, del tamaño de un balón de fútbol, en la mano. Parecía metálica, pero a su través, lo que demostraba su transparencia, se veía una masa gelatinosa moviéndose.

De la parte superior de la esfera brotaban dos antenas, a las que Lewis conectó dos cables que la unieron a un completo aparato que había junto a la pared, y que ya había llamado la atención de Lorenz a entrar en el despacho.

—Éstas son las dos personas que han llegado de Berlín, señor — dijo Lewis.

Walter le miró, con extrañeza.

—¿A quién habla usted?

—A esa criatura que está en la esfera.

La mirada del profesor y de Bess se concentraron en la esfera: la criatura era apenas visible.

El profesor preguntó:

—¿Quién es?

Pero no fue Ponter quien contestó.

Una voz surgió del aparato.

—Soy Imuk, el jefe de los Emelios.

—¿Emelios?

—Sí. Procedemos de Antares.

Hubo una pausa y Lorenz se secó el sudor que perlaba su frente.

Después, volviéndose a Lewis:

—¿Qué significa esto, profesor?

—Muy sencillo: los Emelios nos han salvado.

—¿Cómo?

—Haciendo que los hombres como Walter James y Lucien Dunkan terminasen donde debían, acabándose así la horrible tiranía que hemos padecido durante tanto tiempo.

—Pero... esos Emelios, ¿cómo sabían?

—Viajaban por el espacio cuando tropezaron con nuestro Sistema. Y al comprobar que no había vida inteligente más que en la Tierra, estudiaron a los hombres, viendo enseguida lo desdichados que éramos...

—Así es —dijo la voz—. Nunca nos imaginamos que un mundo como el de ustedes, un maravilloso planeta como la Tierra, pudiera estar sumido en un estado tan caótico.

“Poseen un mundo maravilloso, extraordinario... pero, desde que aparecieron sobre él, no han hecho más que matarse los unos a los otros, por mil causas diversas, inventando otras nuevas en cada siglo. Y al final, cuando consiguieron dominar la mayor parte de las fuerzas naturales, cuando podían haberse permitido el mirar al futuro con la cabeza enhiesta, se dejan llevar por la más absurda de las tiranías...

“¡La tiranía salida de sus propios avances técnicos!

Hubo una pausa.

—Verdad es todo eso, pero... ¿no irán ustedes a imponernos ahora una nueva forma de tiranía? —dijo Lorenz.

La voz sonó clara, diáfana.

—Ésa era la pregunta que esperaba, profesor Lorenz...

Walter enrojeció.

—Usted perdone; pero yo...

—No, no debe excusarse: es una pregunta digna de un hombre que, como usted, ha vivido en las Colmenas, un hombre ansioso de libertad, y voy a contestarle:

“Nosotros estamos de paso. Si nos hemos detenido aquí ha sido porque deseábamos saber si ustedes, los oprimidos, deseaban serlo. Tuvimos que estudiarles hasta saber a qué atenernos.

“Pero cuando comprobamos que los deseos de la mayoría eran

los de volver al trabajo, al trabajo digno, y que casi todos estaban en contra de los que monopolizaban las máquinas, nos prometimos ayudarles… y eso hemos hecho.

—Comprendo.

—Ahora, cuando Europa termine de ser convertida, como lo ha sido América, en un país libre, cosa que estará resuelta de aquí a una docena de días, volveremos a Antares, donde nos esperan los nuestros, ya que este viaje se ha prolongado demasiado.

Hubo un silencio.

—Me avergüenzo —dijo Lorenz, profundamente emocionado— de haber pensado tan bajamente de ustedes. Y no sólo le pido perdón, sino que deseo manifestar mi agradecimiento…

—No se moleste. Nos basta saberles felices… dentro de lo que la naturaleza humana puede conseguir.

—¡Han sido ustedes muy buenos! —exclamó Bess, que había guardado silencio hasta entonces.

—No hemos hecho más que cumplir con nuestro deber.

—¿Les ha costado mucho?

—Bastante, señorita. Tuvimos que estudiar muchas cosas hasta conocer sus verdaderos deseos. Veíamos a los Inútiles que parecían contentos con su suerte. Y estuvimos a punto de alejarnos, creyendo que habían conseguido lo que, sencillamente, deseaban…

—Después se dieron cuenta de la verdad, ¿no fue así?

—Sí.

—¿Y por qué Bess y yo fuimos sacados de América? —intervino el profesor.

La voz tardó en contestar.

—Fue un capricho de John; deseaba evitarles el estado de somnolencia al que tuvimos que someter al continente para acabar con los que les oprimían.

—¿John? —inquirió Bess, mirando fijamente a la criatura protoplasmática de la esfera—. ¿Era uno de sus aliados?

Un largo silencio, profundo, denso, casi material.

—John es mi hijo —dijo luego la voz.

Lector:

Estás ya acostumbrado a las tramas de Law Space; pero esta vez, la primera que lo hacemos, deseamos saber hasta dónde pueden llegar tus dotes deductivas.

Sabes ya mucho: has leído la mayor parte de la novela y sólo te quedan unas pocas páginas para llegar al final. Sin embargo, ¿serías capaz de decirnos algunas cosas?

¿Quién es John?

Acabas de conocer a los habitantes de Antares y el ser elemental de la esfera ha dicho, hace un instante, que John es su hijo.

¿Entonces?

Tú esperas que Law Space no te defraude, y que el amor de Bess no quede perdido. Pero para que eso sea posible, han de suceder cosas... especiales.

¿Qué solución lógica ves tú?

Medita unos instantes. Y si la conclusión a la que llegas es la del autor, felicítate y comunícaselo. Merecerás que te dedique, personalmente, una de sus futuras obras. Pero si no has acertado, recibe, al menos, el agradecimiento de Law Space, que sabe bien el cariño que tienes a esta colección.

CAPÍTULO X



UEDÓ Bess como petrificada.

¡John, su hijo!

¡El hijo de aquel…!

Se levantó prestamente, acercándose a la esfera, contemplando, desde cerca, aquella criatura que flotaba en un líquido ambarino.

—¿Cómo son… profesor? —preguntó, mirando a Lewis.

—Ya lo ve usted, señorita. Si yo tuviese que definirlos, comparándolos con algo conocido, diría que son como esponjas…

Ella se llevó las manos a la cabeza.

—¡No, no puede ser! ¡No puede ser! —dijo, gritando.

Abandonó la estancia.

Excusándose, Walter la siguió temiendo que, llevada por la desesperación, hiciese alguna barbaridad. La alcanzó a la salida del edificio, cogiéndola del brazo y llevándola casi a rastras, a un "helicoche" al que dio la orden de trasladarlos al Instituto.

Una vez allí, luchó denodadamente para restablecer el equilibrio emocional de Bess, que parecía haber saltado en pedazos.

—¡Razona, pequeña! John, debido a alguna maniobra biológica, debió convertirse provisionalmente en hombre. Ahora tienes que hacer frente a la realidad.

—¿Qué realidad, profesor? ¿La de perderle para siempre?

—Debes pensar que jamás le conociste. Él, por la fuerza, tendrá que adquirir su forma natural cuando se vaya con los suyos.

—Entonces, ¿por qué me engañó?

—¿Engañarte?

—Sí, primero se rió de mí, haciendo que le tomase por un débil mental; luego se hizo el superhombre… pero lo que no le perdono es que me besase.

—¿Te besó?

—Sí.

Hubo una pausa y ella se echó a llorar.

—¡Esos seres no pueden comprender lo que es una mujer! —dijo, entre sollozos.

—Naturalmente que no pueden comprenderlo. Hasta es posible

que sean mosexuados o asexuados, como las esponjas...

—¡Cállese! ¡Cállese! ¡No diga eso!

—Perdona, pequeña...

Bess sonrió.

—Usted ha sido muy bueno conmigo, profesor. Ahora, por favor, deje que me vaya a casa, prefiero estar sola.

—No sé lo qué hacer.

—Confíe en mí, profesor.

—Siempre lo he hecho.

—Así me gusta.

Se acercó, besándole en la frente.

—Adiós.

—Una cosa...

—¿Qué?

—Yo no quisiera meterme en camisa de once varas, Bess; pero creo que no hago mal recordándote a un muchacho llamado Karl Humllel...

—¡No quiero oír hablar de ningún hombre! ¡Todos son iguales!

Y salió, dando un portazo.

Su “helicoche” la dejó, poco después, en la terraza de su piso.

Una vez dentro, dejó la puerta abierta, viendo las primeras estrellas que brillaban en el cielo.

—Antares... —dijo.

Y suspiró.

Luego, poco a poco, la serenidad volvió a ella. Y, sin poderlo evitar, las palabras del profesor volvieron a ella.

¿Karl Humllel?

¡No podía ser!

Seguía amando a John, aunque ya sabía que nada era posible de cuanto deseaba.

Por fin, deseosa de ponerse en comunicación con alguien que le recordase su aventura, se puso a escribir a Karl, diciéndose que dentro de pocos días podría enviarle la carta.

Empezó:

“Querido amigo...”

Y la voz sonó junto a la puerta:

—Hola.

Se estremeció.

Durante unos segundos, no se atrevió a volverse; pero, luego, cuando lo hizo:

—¡¡John!!

Estaba como paralizada por la emoción.

El joven abandonó el umbral, acercándose, siempre sonriente.
—¿Qué haces?
Ella intentó ocultar la carta, pero él llegó a ver la dirección.
—¿Cómo? ¿Escribiendo a Karl?
—¡Esto es el colmo!
—¿Por qué?
—Porque es una de las mil cosas que a ti no te importan.
—No eres muy amable conmigo.
—Tú tampoco lo fuiste conmigo.
—¿No?
—No. Me has engañado, riéndote de mí como de un juguete.
—¡Eso no es cierto!
—Lo es. Además, recuerdo que me dijiste que John nunca mentía.
—Es cierto.
—¿Todavía tienes el arrojo de decir que no me has mentido?
—Nunca...
Ella se mordió los labios.
—He visto a tu... padre —dijo, bajando la cabeza, sin mirarle.
—¿Sí?
—Sí.
—¿Y qué te ha parecido?
Ella titubeó, embarazada.
—Habla claramente, Bess: tú también tienes que ser sincera.
—Los seres de Antares son maravillosos: han salvado al Hombre y debemos estarles eternamente agradecidos —dijo Bess.
—¿Eso es todo?
—No sé lo que quieres decir.
—Algo más. ¿Qué pensaste al ver a mi padre encerrado en aquella esfera?
—Yo... ¡no me preguntes eso, John! ¿Quieres que me vuelva loca?
—Te comprendo. ¿Te dio asco?
—¡No! No es asco: es la sensación que se experimenta cuando... cuando... cuando...
—¿Cuando qué?
—Cuando una piensa ciertas cosas sobre otra persona y que después, después... se encuentra con otra.
—¿Preferirías al pobre John, débil mental?
Le miró a los ojos.
—¡Mil veces!
—¿Y al John que tienes delante de ti?

Las lágrimas brotaron de los ojos de la muchacha.

—¿Por qué eres tan cruel? ¿Por qué me preguntas eso? Ya sabes que no puede ser…

—Pero tú… ¿me quieres?

—Te he querido siempre.

Él se acercó.

—¡Entonces, todo está arreglado!

—¿Qué dices? —se horrorizó la muchacha.

—Que ya está todo arreglado. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Eh? Pero… ¿te has vuelto loco?

—Lo estoy por ti. Aunque, en verdad, me das un poquitín de miedo: las mujeres de la Tierra son muy vehementes; las de Antares, mucho menos.

—¿Las de Antares? ¿Es que hay mujeres en Antares?

—¡Pues claro que sí!

—¿Como… yo?

—¡Hombre! ¡Me pones en un compromiso!

—¡No seas estúpido! Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. Son como vosotras, iguales, con piernas, brazos, largos cabellos; en fin, como vosotras.

—¿Entonces?

—¿Te refieres a la esfera y a mi padre?

—Sí.

—Muy sencillo: cuando descubrimos los viajes espaciales, nos dimos cuenta de que al acercarse a la velocidad de la luz, la materia tiende a retrogradar, cuando es viva, a formas elementales. Por eso, durante los viajes, adoptamos esa forma.

—¿Por qué la conserva tu padre?

—Él tiene la culpa, señorita.

La voz sonó junto a la puerta y ella vio a un hombre alto, fornido, simpático, que parecía el retrato de John, con veinte años más.

—Éste es mi padre, Bess.

El de Antares le besó en las mejillas.

—Cuando llegamos cerca de la Tierra, hija mía —dijo—, y pensamos investigar, enviamos a John, haciéndole adoptar nuestra forma natural, que era la vuestra. Como temíamos que lo descubriesen, le convertimos en aquel débil mental que conociste. Además, deseábamos que cambiase los circuitos de las máquinas para que fueran ellas mismas las que destruyesen los planos para hacerlas de nuevo.

—¿Y por qué debía ser John un… débil mental?

El de Antares sonrió.

—Para evitar, en lo posible, lo que ha sucedido. Nosotros somos casi como vosotros, pero nos dimos cuenta, al observaros, de que el amor ocupa un lugar muy grande en vuestra vida. Y para evitar que John perdiese el tiempo...

—¡Comprendo!

—No se enfade, señorita.

—No me enfado, señor. Siga hablando, por favor.

—Bien. John realizó la primera fase. Cuando vimos que usted se preocupaba por él, temimos algo. De esa manera, cuando lo llevó al Instituto, bloqueamos totalmente el cerebro, de forma que usted lo despreciase al ver que era un oligofrénico.

—¡No pude!

—Ya lo sabemos —rió el de Antares—. Luego, cuando lo encarcelaron, nos fue sencillo desblocar el cerebro parcialmente, proporcionándole poderes telepáticos que todos poseemos.

“Después, sabiendo que la policía le seguía, aplicamos otra de nuestras particularidades biológicas.

—¿Cuál?

—La pluriconformación: gracias a ellas podemos convertirnos en esponjas y viajar a velocidades que ustedes no conseguirán nunca. John, de momento, para realizar la segunda parte del plan, se convirtió en aquel viejete.

Bess se estremeció.

—¡Por Dios! ¡Y yo que le hablé francamente de John!

Éste rió.

—Es verdad, querida.

Bess exclamó:

—¡Voy a matarte! ¡No perdonar el secreto de una mujer!

—Luego, una vez en Alemania —dijo el de Antares—, John se transformó...

—¡No lo diga! ¿En Karl?

—¡Exacto!

Ella aporreó el pecho de John.

—¡Granuja! ¡Embustero! ¡Pillo! ¡Desalmado! Y yo que estaba dispuesta a enamorarme de Humllel...

John miró a su padre.

—¿Te das cuenta, papá? ¿Son o no distintas a las nuestras?

El otro sonrió.

—Tú eres muy joven y no conocías aún a ninguna; pero, ahora, puedo decirte que pertenecen al mismo modelo...

Y mirándolos, les dijo:

—John, hijo mío; he de irme. Este viaje ha durado demasiado y tu madre debe estar impaciente. ¡Seguro que la tenéis aquí antes de poco! Adiós, hija mía.

Y la besó.

Una vez fuera, John cogió a la muchacha en sus brazos.

—Tengo que decirte una cosa, querida —le dijo, mientras la besaba en el cabello.

—¿Qué?

—Que he oído hablar aquí mucho de las madres políticas.

—¿Y qué quieres: decir?

—Que las de Antares son iguales… ¡Conque ve preparándote!



UNA ALUCINANTE INCÓGNITA QUE NADIE, SINO ÉL MISMO, PODÍA DESPEJAR.

¡La terrible pregunta parecía no tener respuesta para Ken Edwards, piloto meteorológico!

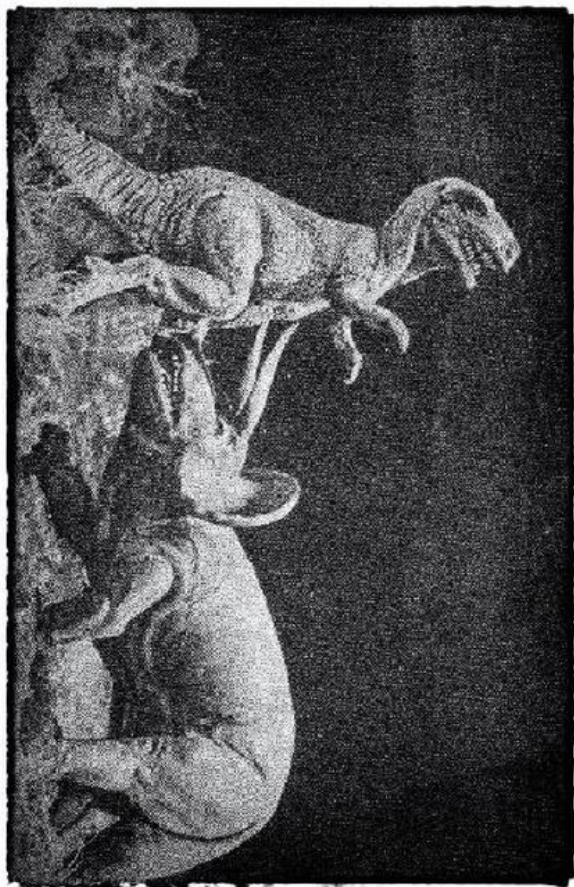
¿Soy hombre ... o robot?

Todo empezó con una disputa amorosa, siguió con un encuentro enigmático, ¡y tuvo el más asombroso final que puede usted imaginarse!

¿Soy hombre ... o robot?

¡Un mundo terrible y amenazador descrito por JOHNNY GARLAND!

212. — El poder de la mente. — H. S. Thels.
213. — El sol puede estallar. —Roy Silverton.
214. — La ciudad prohibida. — H. S. Thels.
215. — Juego sucio. — Law Space.
216. — Marte tuvo pasado. — Roy Silverton.
217. — El secreto de Ganimedes. — Vic Adams.
213. — Vivisección. — Law Space.
219. — Klag, el fabuloso. —Johnny Garland.
229. — Duplicata. — Law Space.
221. — Asteroide nueve-uno-seis. — Roy Silverton.
222. — Una mota de polvo. — Clark Carrados.
223. — Los autómatas. — Johnny Garland.
224. — Mensaje al Futuro. — Peter Danger.
225. — Baratería espacial. — Clark Carrados.
226. — ¡Robot! —Peter Dean.
227. — ¡Terror en el astrocargo! — H. S. Thels.
228. — ¡Viaje al sol! — Johnny Garland.
229. — Él detendrá el mundo. — Johnny Garland.
230. — El valle del pasado. — Clark Carrados.
231. — Pantanos de Venus. — Johnny Garland.
232. — Los colonos. — Clark Carrados.
233. — Enemigo invisible. — Roy Silverton.
234. — El amo del tiempo. — Johnny Garland.
235. — Yo, marciano. — Johnny Garland.
236. — El pobre John. — Law Space.



Escena de la película THE ANIMAL WORLD

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos

Notas

[←1]

El Servicio o Laboratorio de Psicorrecuperación realizaba la limpieza mental de los criminales y delincuentes, readaptándolos a la vida normal. Sirviéndose de un nuevo modero de electroencefalógrafo, el electrorregenerador, se narraban, los «engramas» de culpabilidad, hondamente enclavados en el cerebro, sustituyéndolos por otros que modificaban, por completo, la manera de ser del antiguo condenado. (Nota del Autor).

[←2]

Oligofrénico significa débil mental; es decir, individuos que han nacido con un cerebro insuficiente y que jamás se recuperan, ya que su dolencia no es más que una imbecilidad o una idiocia, sin remisión posible.